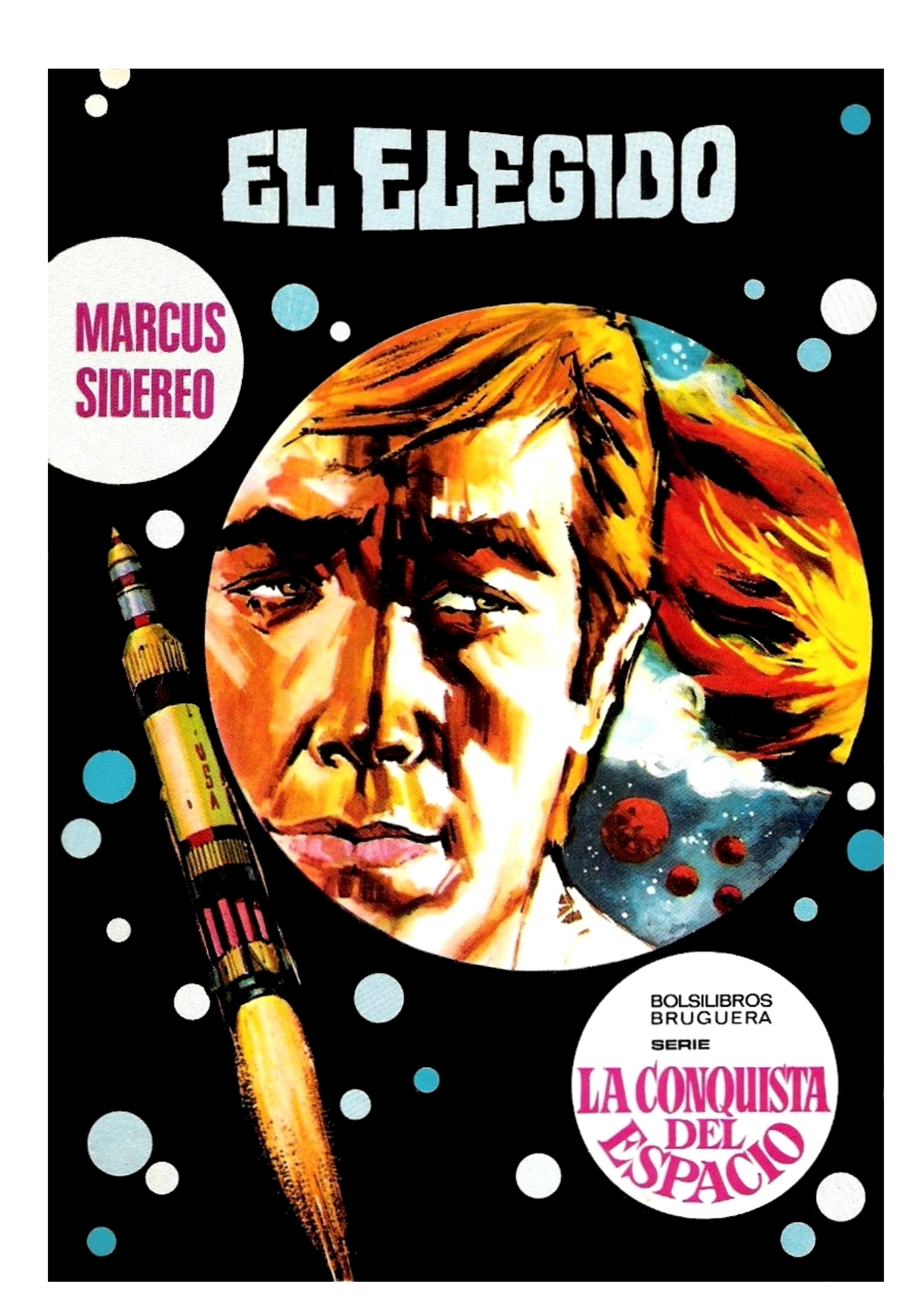
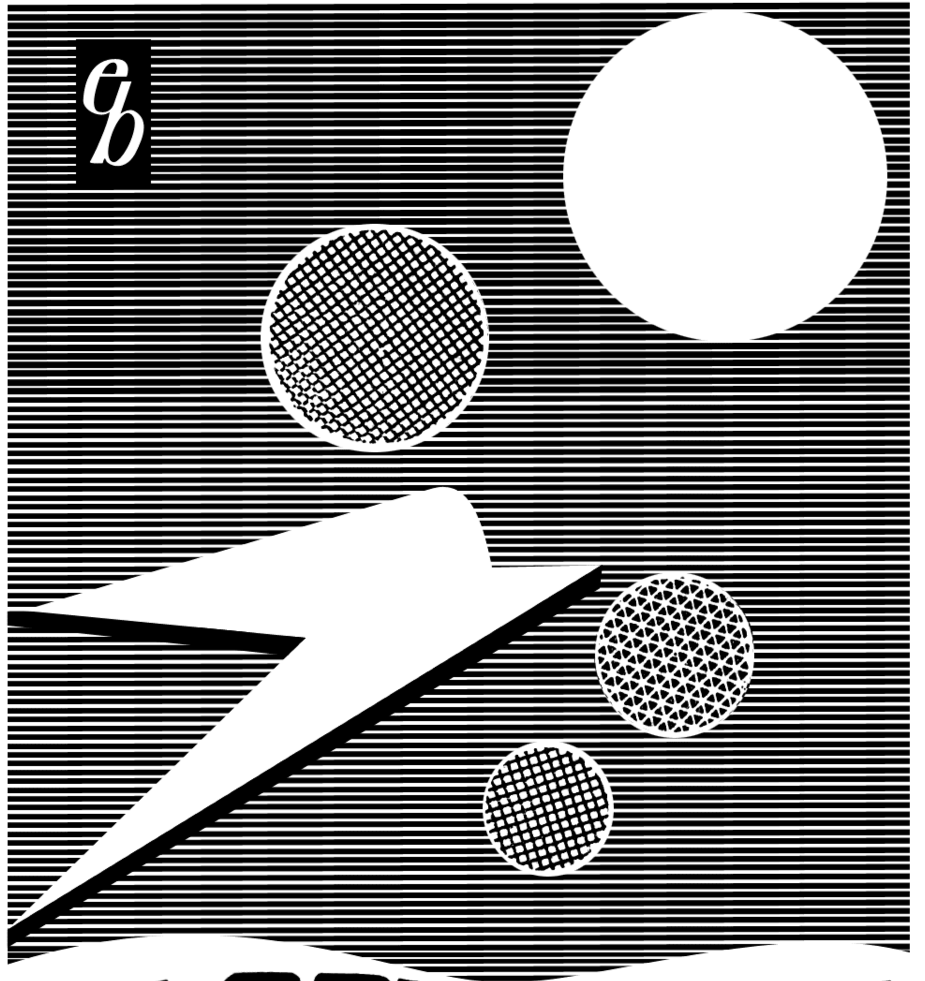

EL ELEGIDO
MARCUS SIDEREO
USA
BOLSILIBROS BRUGUERA
SERIE
LA CONQUISTA DEL ESPACIO



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

30 — La luz del universo — *Lucky Marty*
31 — Juicio contra un planeta — *Glenn Parrish*
32 — Usted lleva mi cerebro — *Curtis Garland*
33 — ¡Todos seremos hipnotizados! — *Keith Luger*
34 — Jinetes satánicos — *Peter Debry*

MARCUS SIDEREO

EL ELEGIDO

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 35
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

Depósito Legal B. 6.122 – 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: abril, 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1971

CAPÍTULO PRIMERO

Desde la distancia podía verse la masa uniforme del *planeta* ardiendo en el espacio.

Era una bola inmensa en llamas. Algo sobrecogedor que, sin embargo, no lograba iluminar la zona oscura.

Por el cristal de quinientos millones de aumentos, el director Torka observaba el fin del *planeta.*

—Ha sido un error de F-I. Se precipitó —dijo circunspecto.

El aspecto humanoide del director Torka era sólo un disfraz, una ilusión óptica, como la de todos sus congéneres del Klan.

El joven Foyer miraba embelesado el incendio que lentamente iba extinguiéndose.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó.

—Nada. El *planeta* habrá muerto.

—¿Se autodestruirá?

—No. Seguirá ahí.

—Es extraño.

—¿Qué palabra es esta. Foyer? No hay nada extraño.

—Usted dijo que F-I se había precipitado.

—Sí.

—Le fue ordenado la destrucción del *planeta.*

—En efecto —asintió hermético el director Torka.

—Pues no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—F-I no tiene cerebro. Y usted lo dijo, director. «Quítale a un hombre el cerebro y carecerá de vida espiritual para convertirse en un ser meramente vegetativo».

—Celebro que recuerdes mis principios, Foyer.

—Un ser vegetativo no tiene ideas propias.

—En otros tiempos un ser vegetativo era inútil, ahora es distinto. Con nuestros sistemas, se le opera la parte de cerebro atrofiada para convertirle en un ser útil.

—F-I era un ser útil.

—Sí.

—Luego obedecía únicamente las órdenes que recibía.

—Sí.

—Entonces, ¿cómo pudo precipitarse en la destrucción del *planeta?* —preguntó Foyer, volviendo al cristal para contemplar la última fase del incendio.

Torka se quedó mirando a su discípulo más joven.

—¡Conteste, director! Tiene que haber una respuesta para todo.

—Tiene que haberla.

—Pero usted no me la da.

—No.

—Director, F-I no era más que un robot.

—¡No quiero oír esa palabra! —exclamó Torka.

—Llámele como quiera, profesor. Todos los seres del Klan son lo mismo. Todos hemos sido sometidos a la operación… ¿Por qué alguien puede

cometer un error como el de F-I?

—No lo sé, Foyer. Pero lo averiguaré. Voy a convocar a la Sección Especial.

—Ya... Entonces... Todos tendremos que someternos otra vez...

—Es posible. En el Klan no existe la palabra error. Ni la palabra extraño. Tú lo has mencionado.

—Porque creía que nuestro sistema era perfecto, director.

—Lo es. Tiene que serlo. Científicamente perfecto. Lo siento, Foyer. No comentes esto con nadie. Es una orden. ¿Me has comprendido? ¡Es una orden!

Foyer asintió.

—Puedes retirarte.

—Sí, director.

Foyer se alejó de la amplia cabina encristalada. El Universo entero parecía estar a sus pies, sin embargo, aquello era sólo una de las estancias del Klan.

A través de un corredor se dirigió a su celda donde se encerró y permaneció pensativo en su ataúd.

En la pequeña estancia se encontraban otros ataúdes y cada uno ocupaba un espacio reducido.

Allí los seres del Klan permanecían en completo reposo, con las manos sobre el pecho, esperando siempre. Esperando órdenes que se facilitaban por medio de las luces de colores de la pared que estaba enfrente. Doce ataúdes por cada

estancia era la proporción normal.

Tres hileras de cuatro, con el espacio racional dispuesto para que cada uno de los seres pudiera tumbarse en el propio sin dificultades. Luego, a la hora del descanso, podían cerrar la tapa herméticamente.

Dentro tenían el oxígeno adecuado para que no les faltara el sustento vital.

Foyer, sin embargo, no consiguió posarse en la actitud clásica de descanso.

¿Acaso no era como los demás?

«Me sometí a gusto a la intervención. Quería ser como ellos...»

Eran sus pensamientos los que hablaban en su propio subconsciente y aquello le aterró.

—Yo no debería pensar —añadió para sí.

El —Foyer—, al igual que los demás, carecía de voluntad propia, era un ser vegetativo con un dispositivo especial para captar las órdenes y cumplirlas sin hacer comentarios.

Incapacitado para discernir lo bueno de lo malo...

«Es la única forma de gobierno eficaz», pensó en las palabras del director Torka.

«Es la única forma de ser feliz», continuó pensando.

¿Ser feliz?

¿Qué significa tal palabra en el Klan?

La respuesta también la había dado el director en su conferencia:

Ser feliz es no sentirse desgraciado.

Ser feliz es no pensar.

Ser feliz es vivir en un habitáculo sin desórdenes ni problemas.

Ser feliz es no sentir…

Las verdades de aquella conferencia. Las verdades del director acudían a la mente de Foyer.

No obstante, el joven sentía una cierta inquietud. Algo que, según la tesis del director, no debería sentir.

¿Por qué aquella angustia?

¿Por qué aquella sensación de lo imperfecto?

Imperfecto era una palabra que no rezaba en el vocabulario del director.

Nadie se atrevía a discutir una orden a Torka. Entonces, ¿por qué él —Foyer— comenzaba a pensar en lo improcedente del sistema?

—Bueno… El sistema no está mal… Pero un piloto falló. F-I se precipitó al destruir el *planeta*… ¿Acaso las órdenes no le fueron reveladas con la suficiente claridad? O acaso… ¿Acaso F-I, al igual que el propio Foyer sintió deseos de actuar por su propia cuenta?

En todo caso algo fallaba en el sistema.

Algo que el director había reconocido y se apresuraba a corregir la deficiencia.

CAPÍTULO II

La asamblea la componían siete miembros con el director al frente.

—Hoy se me ha hecho una pregunta que no he podido contestar —empezó ante la reducida cámara principal del Klan.

Nadie replicó.

—F-I no actuó de acuerdo con las instrucciones.

—El *planeta* debía arder —terció Naffer que venía a ser como el subdirector de la cámara.

—Pero antes era necesario rescatar a los cerebros. En el *planeta* había un buen número de cerebros... ¿De quién fue el error? Hablad uno a uno.

Naffer señaló con el dedo al número III de la cámara.

—Habla III.

Como un ser sin voluntad III se incorporó.

—Cumplí las órdenes de destrucción. Era mi deber —dijo simplemente y volvió a sentarse.

Naffer señaló al IV.

El indicado se levantó y murmuró:

—Facilité lo necesario para que F-I cumpliera su misión.

Le tocó el turno al V.

—Yo tenía a mi cargo el vuelo con la garantía del regreso.

Naffer señaló al VI y último miembro de la cámara que al igual que los otros se incorporó.

—No se me dio orden de rescatar cerebros.

Las respuestas no habían podido ser más

concisas pero Torka no se sintió satisfecho.

—¡Se precipitó! ¡F-I se precipitó!

No hubo respuesta.

Naffer tomó la palabra.

—Yo transmití la orden a F-I. Tripulaba un ingenio capaz para rescatar a doce cerebros.

—Entonces sólo tenemos que esperar a F-I. Él es el único que puede explicar su proceder —repuso el doctor.

En aquel instante una luz automática de gran potencia osciló. Era la luz verde que indicaba el regreso de un miembro del Klan.

—Aquí está —dijo el doctor—. Que nadie se mueva. Daré órdenes para que F-I pase directamente a mi presencia.

Pulsó un botón de su mesa semicircular.

La luz amarilla de emergencia se encendió en el piloto.

En todo el ámbito de partida y regreso la luz amarilla se multiplicó, tiñendo materialmente de ese color la estancia reservada a Partida y Regreso.

El piloto F-I miró a los funcionarios de la estancia.

Pareció que trataba de entender el significado del color amarillo.

Los demás no hicieron ningún comentario.

Al fin F-I caminó a través del corredor hasta el elevador privado de la cámara.

Había luz amarilla dentro del pequeño recinto que se elevó rápidamente hacia la misma cámara.

La luz tornóse a su color opaco normal en

cuanto F-I hubo descendido en un ángulo de la cámara donde los seis hombres seguían sentados y su jefe, el director Torka, continuaba igualmente tras su mesa circular.

—¡Acércate, F-I! —le ordenó.

El piloto no se hizo repetir la orden.

Andaba con soltura, paso firme, erguido el busto humanoide. Fija la mirada en el jefe supremo del Klan.

Se plantó delante de él justo en el primer peldaño del estrado.

Quedaban otros dos, pero no tenía orden de subirlos. Nadie podía hacerlo sin un permiso especial.

—¡F-I… Has cometido un error! —exclamó el director.

—No, director. Me atuve a las instrucciones recibidas. La misión ha sido cumplida.

La respuesta fue escueta, sin matices, como si F-I se limitara a repetir una lección aprendida de memoria.

—¿Dónde están los cerebros?

—No están.

—Eso ya lo sé. Has regresado solo.

—Sí, director.

—Luego has desobedecido las órdenes.

—No, director.

—Explícate mejor.

—Los cerebros no estaban en el *planeta.*

—Eso no es posible.

—No estaban, señor. Lo comprobé en el

detector. No estaban. Se habían fugado.

—Ellos no podían saber nuestro plan, F-I.

—Esto es algo a lo que no puedo responder, director.

—Estás mintiendo.

—¿Cómo, director? La mentira no existe en nuestro Klan. No es posible.

—Algo está fallando aquí…

Naffer se volvió hacia el jefe supremo.

—El detector de distancia nos dirá si los cerebros estaban o no estaban en el *planeta.*

—Ahora allá sólo existe materia muerta. Nuestros detectores no pueden descubrir esa verdad.

Se hizo el silencio más absoluto.

—¿Puedo irme? —preguntó F-I.

—Cuando puedas hacerlo se te ordenará por los medios de costumbre, F-I.

—Sí, director.

—No me gusta esto… Habrá que proceder a una revisión… ¿Lo has entendido, Naffer? Todos los seres deben ser sometidos a examen. En el futuro no quiero nuevos fallos. Acabamos de perder doce cerebros… Esto es un síntoma alarmante.

F-I continuó inmóvil hasta que la luz negra indicó el final de la entrevista.

—¡Le quiero en su estancia, F-I. De un momento a otro será llamado —recalcó el doctor Torka.

El piloto dio la vuelta, descendió el peldaño y utilizando la misma cabina de elevación que le

había llevado hasta el gran salón de la cámara, descendió hasta su *etage*.

Ocupaba la cabina especial de misiones exteriores.

La compartía con otros seres que se hallaban en actitud de reposo dentro de sus respectivos ataúdes.

Los observó a todos como si no acabara de comprender aquella forma de vida.

En su mente —oficialmente vegetativa— brillaba una idea. Algo que según los métodos de Torka no tenía razón de ser.

CAPÍTULO III

Torka estaba examinando unos documentos a través del visor foto-eléctrico.

Allí, en aquellos signos ideados por él mismo, se contenía la esencia de su plan de vida vegetativa de todos los seres.

La primera fase era la inhabilitación del cerebro. Aquello mantenía los latidos del motor humano convirtiéndole únicamente en un vegetal.

La segunda fase era la inoculación de la droga que permitía a los *seres* recuperar aparentemente su aspecto normal, pero sin poder razonar por su cuenta. Eran, pues, los mismos seres con idéntico poder físico, pero imposibilitados de utilizarlo a su libre albedrío. Eran, en definitiva y como había dicho el joven Foyer, robots.

No dependían de ningún control electrónico, ni su constitución era mecánica, pero sí sus hechos.

F-I, tomó posesión de su ataúd y dejó vagar su intelecto.

Torka siguió examinando las fichas electrónicas de los habitantes del Klan.

Su colega cirujano murmuró:

—Hasta ahora todo ha funcionado siempre bien, director. No cabe el error. En todo caso se habría manifestado en seguida, lo cual no ha ocurrido.

—Científicamente estoy con usted. No cabe el error pero me pregunto si pueden existir individuos superdotados... La respuesta la hubiésemos tenido con un solo de esos cerebros

privilegiados del *planeta*.

—El cerebro humano tiene unas posibilidades.

—Lo he estudiado perfectamente, cirujano. No me dé lecciones.

—Entonces no hay más que discutir. Todos son lo mismo. Tanto los que hacen trabajar su intelecto al máximo, como los subdesarrollados tienen las mismas posibilidades. Inhabilitados tienen que responder lo mismo.

—Foyer tiene ideas propias. Plantea problemas. Hace preguntas... Y F-I miente... ¿Por qué, doctor?

—Tráigalos a examen. Es posible que se trate de un fenómeno no estudiado. Es tiempo de corregirlo y de que sirva de experiencia para el futuro.

—¿Qué piensa hacer con ellos?

—Quiero ponerlos a prueba antes. ¡A los dos! ¡Les encargaré una misión especial! Necesito saber si la cumplen.

—Usted decide, director.

Torka salió de la sala reservada a la cirugía y utilizando su vehículo particular se dirigió a la sala de operaciones exteriores.

Las pantallas allí existentes, alineadas en dos filas reflejaban lo que ocurría en el cosmos, en los satélites, en el habitáculo muerto.

Echó una mirada última al *planeta*.

Graduó la pantalla y pudo observar los rescoldos del fuego formando en algunos puntos una tupida neblina.

El *planeta* en forma redonda era como una

masa cenicienta.

Allá donde habían existido grandes extensiones de bosques, el color aparecía negro en algunas partes, calcinado en otras.

La lava de los volcanes había contribuido y ayudado a la propagación del fuego.

Grandes zonas otrora regadas por caudalosos ríos aparecían resecas.

Los glaciares habían desaparecido y los hielos de las regiones frías quedaron sumergidos.

Sólo los obcecados parecían en calma junto a desiertos de piedra y material de construcción que indicaban el sitio que antes había sido ocupado por industriosas ciudades.

Aluminio, acero fundido por las llamas y toda clase de metal se estaban solidificando de nuevo formando montañas, cuya base interior eran las piedras, los montones de cadáveres calcinados.

La temperatura alcanzaba cotas increíbles, porque todo el *planeta* seguía aún bajo los efectos devastadores del fuego que sin ser visible corroía aún bastantes zonas.

La materia combustible arrojada a los mares había fundido barcos enteros.

Ingenios volantes girando en la órbita del *planeta* estallaron al ser alcanzados por las llamas.

La vida, en fin, había terminado en aquella bola inmensa que seguía suspendida en el espacio.

Torka pulsó un aparato transmisor y receptor.

Escuchó la señal y esperó.

Del *planeta* no surgió la menor respuesta. Era

una llamada sin control de respuesta. Todos los sistemas de comunicación habían sido destruidos por el fuego.

Era lógico que nadie contestase.

—Bases subterráneas —dijo de pronto el director.

Inmediatamente pasó a otra pantalla sin funcionar y buscó antecedentes del *planeta.*

Mediante la pulsación de un botón desfilaron ante él escenas de la vida del *planeta.* Escenas retrospectivas en las que el interés se centraba en los trabajos del científico Aknotter.

En informaciones dadas a conocer en la televisión un locutor anunciaba:

—Aknotter trabajaba activamente en el plan de bases defensivas situadas en las profundidades de nuestro *planeta.* Las características de esas bases no han sido reveladas porque se consideran un secreto para el trabajo actual y para la seguridad futura.

El locutor, en otro pasaje, continuaba.

—Aknotter, considerado como el número uno ha facilitado una breve información del esquema de las bases para la defensa y supervivencia. En sus declaraciones, el célebre profesor que ya en dos ocasiones estuvo a punto de ser raptado por visitantes de otros habitáculos, advierte que la seguridad de sus instalaciones subterráneas supera lo que muchos puedan imaginar. La vida en tales lugares —aseguró el profesor— no diferirá en absoluto de la de la superficie. En todo caso el

problema radicaría en la aclimatación, pero ésta también será factible y rápida.

Y para terminar Aknotter aseguró que si alguien pudiera ver lo que se ha conseguido del subsuelo quedaría maravillado de lo que durante tanto tiempo nos hemos perdido. La existencia sobre la capa del *planeta* no es la única forma de vida ni mucho menos. Estas fueron las palabras de Aknotter. Pero para vosotros y para todos sigue siendo un misterio ese mundo maravilloso en el que creemos sólo porque una autoridad tan digna de crédito como el profesor nos la ha manifestado…

El director Torka cerró el contacto y la pantalla enmudeció.

—Un mundo subterráneo —repitió para sí el director.

CAPÍTULO IV

—Un mundo subterráneo —añadió a los miembros de la cámara—. Un mundo donde nuestras pantallas no han podido penetrar. ¿Sabemos acaso si poseen aparatos capaces de detectar nuestros movimientos? Esto es algo que incluso para el *planeta* era vedado...

Naffer argumentó:

—Si fuera así, director, ello significaría que F-I ha dicho la verdad.

—Tal vez, pero no puedo arriesgarme a enviarlo al *planeta* otra vez sin tener la certeza de que cumplirá exactamente las instrucciones.

Hizo una pausa y añadió:

—Nos mantendremos en contacto constante con el *planeta,* y mientras tanto F-I será enviado a una expedición con el solo fin de averiguar si podemos contar con él para misiones de envergadura.

Tras otra pausa continuó:

—Hay algo que también necesito averiguar... Según la teoría, la inhabilitación del cerebro deja al ser en estado digamos virgen. No recuerda nada de su anterior ocupación o si la recuerda sólo tiene de ella una idea vaga, como un presentimiento más que un pensamiento propiamente dicho.

Otra pausa para continuar:

—Sin embargo, en el estado que hace iguales a todos los seres, cuando se les tiene que enseñar de nuevo unos aprenden más de prisa que otros. F-I demostró ser el mejor de todos los seres destinados

a misiones al exterior. Asimiló perfectamente las clases para autodirigir ingenios espaciales... Esa, por un lado, es la razón por la que quiero averiguar qué ha podido ocurrirle y por tanto para que le conserve en nuestro Klan. Luego quiero saber también si esa predisposición de asimilar todo lo que se enseña se debe a algún fenómeno que se nos ha escapado o porque nos hallamos ante un error que nuestro cirujano no quiere reconocer. Nada más, colegas.

La sesión se dio por concluida y el director ordenó a Naffer.

—Reúne a F-I a la sala común. Le hablaré allí.

—Sí, director.

Momentos después el piloto se trasladó al lugar que le fue indicado y tomó asiento ante el espléndido mirador de las estrellas.

El local, perfectamente iluminado con aquella claridad que emanaban las paredes especialmente diseñadas para proporcionar la luz opaca común a todo el habitáculo, contrastaba con el azul negro exterior, únicamente truncado por el brillar de las estrellas.

Aquellos puntitos luminosas lejanos parecían atraer de un modo especial la mirada de F-I.

Su contemplación cesó con la llegada del director que tomó asiento a su lado.

—Sin formulismos, F-I. Quiero decirte que lamento lo de antes. No es que desconfíe de ti, pero tú sabes que esos doce cerebros del *planeta* eran de vital importancia para nuestros

experimentos.

—Todos los cerebros son iguales sometidos a tratamiento —recitó el piloto.

—Cierto, pero las investigaciones nunca se pueden dejar si se aspira a conquistar la supremacía.

—Los cerebros no estaban. El detector lo habría señalado.

—De acuerdo, F-I... Por eso te pido que olvides mis palabras anteriores...

—¿Olvidar?

—Sí. Sé que es una expresión estúpida... En realidad no debe existir la palabra recuerdo ni olvido.

—Y no existe, director.

—¿No eres capaz de odiar?

—Ignoro lo que es eso.

—Bien, F-I. Eso me gusta y quiero confiarte una nueva misión.

—Sí, director.

—Irás al planeta muerto.

—Sí, director.

—Sabemos que allí no existe nada, pero necesitamos una tierra especial para unos experimentos.

—Sí, director.

—Te llevarás a Foyer. Quiere ser piloto y debe tomar experiencia.

—Sí, director.

—Prepara tus cosas para emprender el viaje.

F-I se puso en pie.

—En la plataforma te darán las instrucciones sobre la clase de muestras que queremos.

F-I hizo un movimiento dando a entender que había comprendido perfectamente.

—Suerte —le deseó el director.

F-I, con su habitual paso firme y erguido se dirigió al corredor que había de conducirle a la plataforma.

El director sonrió para sí.

Inmediatamente hizo llamar a Foyer que le atendió en la sala de observación.

—Voy a darte la oportunidad del primer viaje. Irás de compañero con F-I.

—¡El mejor de nuestros especialistas en asuntos exteriores!

—Exacto.

—¿Dónde iremos?

—Al *planeta* muerto.

—¿Hay algo interesante?

—Simplemente muestras. Un viaje sin dificultades.

—Me encanta, director, aunque me gustaría hacer algo más útil.

—Todo es útil, Foyer.

—Sí, claro.

El director miró atentamente al joven.

Le resultaba demasiado despierto, demasiado individualista.

—Puedes reunirte con F-I en la plataforma. Él te dirá lo que necesitas.

—Sí, director.

Foyer salió de la estancia.

En su exterior, cosa extraña en los demás, parecía reflejarse un sentimiento feliz por aquel viaje.

La suya no era la clase de felicidad planificada a que siempre hacía referencia el jefe del Klan. Era algo más expresivo, algo que cualquier ser libre habría sabido apreciar.

Entretanto Torka llamó a Naffer.

Su segundo se presentó para informarle.

—Los espías están listos.

—¿A quiénes has elegido?

—Al piloto K-III y al ayudante Nex.

—Irás también tú personalmente.

—¿Yo?

—Sí. No quiero perder detalle de ese viaje y además necesito que se registren las conversaciones entre F-I y Foyer.

—Ya lo había dispuesto.

—Quiero saberlo todo. Sus reacciones, su modo de pensar, sus actitudes y cualquier detalle que pueda darme una idea exacta sobre su estado anímico.

—Lo tendrás, director.

—Procura no ser visto y provéete de los aparatos de larga distancia para que no haya interferencias en la escucha.

—Sí, director.

—Nada más.

Naffer se dirigió a la sala especial de mandos.

Poco después, en la plataforma F-I y Foyer

subían ya al ingenio volante en el que debían tomar la ruta hacia el habitáculo muerto.

El jefe dio la salida.

F-I pulsó el mando y el aparato se deslizó por la rampa ascendente hasta salir a la superficie.

Poco después desaparecía a una velocidad imposible de calcular para un cerebro normal.

Cuando el bólido desde la plataforma no tenía el tamaño mayor que una de las estrellas, salió un segundo bólido pilotado por K-III.

A diferencia de F-I el nuevo piloto daba más la sensación de autómata.

Accionó los mandos como si sus brazos fueran palas de una máquina impulsada por energía.

Su ayudante Nex, joven como Foyer, mostraba, al revés de éste, unos ojos totalmente inexpresivos y una mirada vacía.

Detrás, en un sillón especial, Naffer, el segundo en el mando, tenía los ojos puestos en la pantalla de larga distancia.

La pequeña estrella luminosa móvil recobró el tamaño natural y ante los ojos de Naffer apareció el ingenio que pilotaba F-I.

Otra pantalla le situó al piloto y a Foyer en primer plano.

Sonrió ante la perfección de aquellos aparatos que a una distancia inverosímil podían transmitir no sólo la imagen sino también la voz.

F-I conducía en silencio, dirigiéndose en línea recta a su lejano destino.

Foyer también tenía la mirada puesta en el

espacio infinito.

De cuando en cuando el piloto hacía una de las clásicas comprobaciones y observaba la pantalla indicadora de obstáculos para huir de algún posible peligro como un meteorito o lluvia cósmica que pudiera poner dificultades a su aparato.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó Foyer señalando un botón.

—Es para casos de emergencia —repuso escuetamente F-I.

—¿Qué sucede si se aprieta?

—Todo el ingenio actúa como arma de seguridad.

—¿Y qué pasa?

—Estalla.

—¿Y los pilotos?

—Estallan.

—Entonces no hay salvación…

—No. No la hay.

—¡Ah!

Foyer no hizo ningún otro comentario. Por su parte, Naffer siguió a la escucha.

Aquellas palabras se grababan simultáneamente en la banda magnética del visor para que luego pudiera ser reproducido todo tal y como sucedía en aquellos instantes.

De pronto el piloto dio un giro a la palanca. Era para rectificar ligeramente el vuelo.

Apenas lo hubo hecho la pantalla de Naffer oscureció por completo y la voz se perdió.

Comenzó a pulsar los botones para hacer

funcionar la pantalla manualmente, pero no obtuvo el menor resultado.

Foyer preguntó:

—¿Qué has hecho ahora?

—Nada.

—Has tocado esa palanca.

F-I asintió.

—¿Para qué sirve?

—Para evitar que puedan vemos y escucharnos.

—¿Qué?

Foyer parecía muy extrañado.

F-I con la misma seriedad y sobriedad repuso.

—Este es un invento personal mío, Foyer.

CAPÍTULO V

El ingenio describió una semicircunferencia y cambió el rumbo.

La velocidad aumentó aunque desde el interior no era perceptible.

De pronto la oscuridad fue cesando hasta entrar en una órbita medianamente iluminada.

Abajo podía verse tierra firme.

—¿Este es el habitáculo muerto? —preguntó Foyer.

—No. Este es un satélite del *planeta*.

—¿Del *planeta* incendiado?

—Sí.

—Pero nuestra misión era…

—Sí, Foyer… Pero nadie lo sabrá.

Estaban llegando y F-I hizo funcionar los mandos. En pocos instantes el ingenio volante desplegó unas alas que le dejó suspendido en el aire, como si hubiese quedado anclado.

Luego, con más lentitud, F-I le hizo posarse en el suelo.

Salieron los dos hombres con las correspondientes mascarillas protectoras.

Foyer miró en derredor y sólo vio una superficie de roca blanda con algunos cráteres y pequeñas elevaciones de terreno.

—¿No hay vida?

—No. Es una estación interplanetaria. Pero no en este sector. Esto lo descubrí yo. Sólo es posible llegar si se conoce bien el satélite.

—¿Y por qué has desobedecido las órdenes?

—Porque eres un maldito espía, Foyer…
—¿Qué?
—Me has oído perfectamente… El director no puede engañarme a mí. No se fía y me ha encomendado una nueva misión para espiarme…
—No es verdad, F-I… Yo no soy un espía.
—¿Qué eres entonces?
—¡Vaya pregunta! Soy… un futuro piloto. Me sometí a la operación.
—No. No hablarías de esa forma. De eso nadie se da cuenta. Tú sí lo ves, porque puedes pensar por tu cuenta. Eres un privilegiado y los privilegiados sólo pueden serlo por orden de Torka.
—Luego… Luego tú también lo serías. Tú piensas. Has desobedecido una orden.
—Mi caso es distinto. Único en el Klan…
—F-I, debes creerme. Yo siempre he sido un admirador tuyo.
—Tú has sido un gran admirador del sistema de Torka. Te presentaste voluntario. Recuerdo cuando te trajeron… Torka había hecho un llamamiento a otros habitáculos. Buscaba cerebros, era su obsesión, cerebros, cerebros, cerebros… Pero los cerebros no existen. Hay cientos de habitáculos vegetales. Seres que viven como las plantas.
—¿Qué son plantas?
—Es igual, dejémoslo… Ven conmigo.
—¿Qué vas a hacer?
—Desaparecerás.
F-I sacó un pequeño frasco de su bolsillo. Su

apariencia era la de un rociador en miniatura.

—¡No! —gritó Foyer—. Esto es la destrucción total.

—Es exactamente lo que merecen los espías.

—¡Yo no lo soy! Te lo aseguro... Cierto que fui al Klan por propia voluntad... Quería conocer nuevos sistemas. Vivía en un sitio pobre de medios... Había muchos seres que estudiaban, que trataban de aprender cosas nuevas, pero sin medios... Sólo quise tener una oportunidad.

—Me gustaría creerte, Foyer. No me agrada destruir a la gente.

—No te gusta, pero destruiste el *planeta*. Tú eres distinto. Yo no lo sé... Siempre creí que mi estado era natural después de que me habían practicado la intervención. No sé cómo son los demás.

—Tú piensas.

—Claro.

—¿Insinúas que Torka no lo sabe?

Foyer se encogió de hombros.

—Mientes muy mal.

—Es la verdad. No estoy bajo la influencia de nadie. Lo sé. Puedo pensar por mí mismo.

—Entonces algo va mal en la organización...

F-I quedó pensativo, pero sin perder de vista al joven.

—Alguien nos seguía. Era un ingenio de Torka... Ellos no lo saben, pero yo tengo mi propio sistema... Ahora nos han perdido. No saben dónde estamos... Puedo dirigirme al *planeta* muerto sin

que sospechen mi desvío. En realidad no son tan listos como creen… Pero pensé que…

Se detuvo un instante y Foyer inquirió.

—¿Qué fue lo que pensaste?

—Que te hacían viajar conmigo para tenerme cerca, para arrancarme la verdad y así tener la certeza de que no soy como ellos. A distancia podían detectarnos.

—F-I. ¿Tú de qué parte estás? Destruiste un *planeta*… De lo único que se te acusa es de no rescatar a los cerebros.

Y F-I sonrió.

—Tengo mis motivos para obrar como lo hago, Foyer… De todas formas tú no puedes regresar.

—¿Qué?

—Lo siento, Foyer. Tienes que morir.

—¡F-I! Yo no diré nada. Puedes confiar en mí.

—Piensas demasiado… No sé si has pasado por esa intervención o no, pero discurres.

—Sí.

—Consideras que hice mal al destruir al *planeta*.

—Destruir es siempre malo.

—Pero hay cosas que tienen que ser destruidas.

—No. Ninguna cosa que nace y vive merece ser destruida.

—¿Qué sabes tú?

—Sé muy poco, pero destruir va contra toda ley.

—Yo he destruido. Y tú comprendes que no está bien. Luego no estás conmigo.

—No sé…

—Lo siento, Foyer…

—F-I…

—¿Qué?

—No logro entender. Tú y yo somos distintos. Hemos pasado por la misma intervención, pero algo ha salido mal…

—No. Ha salido como debía.

—No lo entiendo.

—Nuestros cerebros pueden prevalecer por encima de todo.

Foyer guardó silencio. Trató de meditar.

—Hay algo superior en nosotros. Algo que nos da supremacía, poder. A mí me lo ha dado. Tú eres un ser débil. No vales para seguir viviendo.

Y Foyer reculó ante la amenaza de aquel vaporizador.

Sabía que bastaban unas pulsaciones para que todo su ser quedara destruido. Totalmente quemado por unas llamas más poderosas, más destructivas que todas las conocidas.

Siguió reculando.

—Seas o no un espía… esto es tu fin. De veras que lo siento. Ahora sabes demasiado.

—Tal vez, F-I. Tal vez me dé cuenta de que no estás ni con unos ni con otros. De que vives sólo para ti. Tú eres la encarnación del mal.

F-I rio como nadie lo hacía en el Klan.

Ahora todo su ser superdotado se ponía de manifiesto. Alto, erguido, arrogante avanzaba hacia su víctima indefensa.

Foyer tenía que morir. Tenía que morir porque había descubierto una verdad que hasta para el director Torka estaba oculta. Una verdad monstruosa.

El, F-I, había resistido a la intervención. Su cerebro vivía a pesar del cirujano y si antes había sido un hombre normal, ahora sólo sobresalía su perversidad.

Vio cómo estaba a punto de accionar su rociador.

¡Estaba perdido!

Había querido huir de un mundo mísero para integrarse en el Klan que prometía la felicidad. Comprendió que esa felicidad no podía existir.

Estaba batido.

CAPÍTULO VI

Un ser puede no ser considerado ni cobarde ni valiente.

Un humanoide sencillo, se produce y actúa de acuerdo con las circunstancias.

Eso había sido hasta entonces Foyer.

No fue nunca un hombre violento. No tuvo nunca ansias de poder infinito.

No, Foyer no pensó jamás en erigirse en un ser supremo como F-I. Sólo pensó en vivir, en ser útil. Tenía su poco de egoísmo, su poco de candidez, sus esperanzas, sus ilusiones, y también su espíritu de conservación.

Este último factor, común a todo ser viviente, le hizo reaccionar en el último segundo de su vida.

Cuando F-I iba a espolvorearlo con aquel pequeño artefacto.

Se lanzó contra él con la cabeza por delante. Arremetió contra un coloso contra quien iba a terminar con su existencia.

F-I no había previsto aquella reacción de última hora y cayó hacia atrás.

El arma que el atacante llevaba en sus manos se perdió sobre el esponjoso terreno.

La mayor corpulencia de F-I se impuso al levantarse y empleó los puños, única arma que como humanoide le quedaba.

Pero Foyer, por aquel mismo instinto de conservación, supo esquivar las primeras acometidas.

Pasó al ataque si no con ímpetu sí con

inteligencia.

Consiguió asirle por un brazo y obligarle a dar la vuelta.

F-I, con toda su potencia, quedó arrodillado, humillado ante la mayor sapiencia de su rival.

Foyer apretó, castigando a su adversario.

—Podría matarte con mis propias manos —escupió—. Podría hacerlo. Y nada me predispone contra ti...

Siguió apretando, hasta que el brazo de F-I crujió

Foyer le dejó.

F-I cayó de bruces sobre el blando suelo que pisaba. Indefenso, con aquella extremidad rota que le impedía ejercer toda fuerza ulterior. Era el fin de la pelea.

Cerca estaba el frasquito pulverizador.

Hizo un esfuerzo para aproximarse, pero Foyer se adelantó para tomarlo él.

—No. No seré yo quien te dé muerte. Presiento que esto es algo que no me corresponde, pero te quedaras aquí. Tú eres un peligro para todos... Y si algo he de agradecerte es que me hayas abierto los ojos.

Se alejó, dejando a F-I en medio de la inmensidad desértica.

—¡Llévame contigo! —jadeó el vencido—. Tú no sabes manejar un ingenio como éste.

—Tengo buena capacidad de observación, F-I. No he perdido detalle de todas tus maniobras.

Estaba ya al pie del ingenio volante.

Miró aquella masa achatada, redonda. De concepción perfecta. Que podía girar en plena marcha y a la misma velocidad inconcebible en muchos habitáculos subdesarrollados.

Era un medio de locomoción perfecto ideado por seres que querían alcanzar la perfección de un modo antinatural.

Se subió a ella, mientras su vencido se incorporaba, con el brazo colgando.

Foyer se instaló en la silla de mando del artefacto. Cerró la puerta.

Después de echar una última mirada a F-I, pulsó la palanca de elevación.

El ingenio quedó flotando en el aire.

El botón para repliegue de las alas le sirvió para que éstas quedaran adheridas al cuerpo principal de la pequeña nave.

Luego estaba el botón de marcha.

No había ninguna letra impresa. Sólo el color y el lugar de su emplazamiento.

La retentiva de Foyer bastó para que no cometiera ninguna equivocación.

Una vez pulsado el botón la nave se elevó.

Ni una sola vibración, ni un solo movimiento contradictorio en el esquema de vuelo.

Luego era necesario corregir la marcha y orientarla hacia el lugar donde el piloto quería dirigirse.

Buscó la palanca a sus pies.

Allí estaba, pero una rama de esa misma palanca permitía el piloto aislarse de toda

observación exterior.

Foyer comprendió que aquél era un mando adicional. El que había ideado F-I para no ser observado por sus jefes.

Tocó el otro y la nave siguió su rumbo en sentido horizontal, de acuerdo con la superficie del satélite que quedaba a sus pies.

Luego, una vez fuera de la órbita del satélite, ya sería más difícil fijar un rumbo.

Foyer se dijo para sí:

—No puedo volver al Klan. He comprendido que Torka no es más que un malvado que pretende dominar la especie... Yo he podido librarme. Esto ha sido como un aviso... Debo volver a mi habitáculo.

Pero el problema era: ¿Cómo orientarse en el espacio infinito?

Miró en el armario de provisiones.

Las normales para casos de emergencias le permitirían subsistir un corto espacio de tiempo.

Si se perdía en aquella inmensidad azul-negruzca perecería vagando en un Universo sin límites.

Foyer no era un valiente. No era por lo menos lo que muchos entendían por un ser despreocupado y temerario que tiene la certeza de salir de todos los peligros de un modo airoso.

Foyer tampoco era pesimista. Confiaba en sí mismo, en sus propios medios, pero ahora se encontraba en un mundo desconocido.

Lo confió todo al azar. Al menos

momentáneamente tenía que ver por sí mismo hacia dónde le conduciría aquel ingenio volante que por de pronto era capaz de conducir sin ayudas.

Y entretanto…

CAPÍTULO VII

—No consigo establecer contacto —farfulló Naffer.

El piloto esperaba órdenes para variar el rumbo del ingenio.

Estaban cerca del habitáculo muerto.

—Dé una órbita completa en su derredor —ordenó el segundo en el mando del Klan.

El piloto obedeció como un autómata.

El ingenio sobrevoló un planeta sin vida. Un lugar insólito, llano, sin promontorios, sin mares, sin vegetación, un habitáculo realmente muerto.

Naffer cambió la onda de su televisor.

En ningún lugar aparecían vestigios del ingenio tripulado por F-I.

—Aquí no está… Algo debe de haber ocurrido —murmuró Naffer.

Pero no quería regresar sin poder dar una satisfacción al director Torka.

—Desvíese 45 grados —ordenó.

El piloto obedeció.

Su ayudante puso en antena todo lo que podía verse más allá de la percepción normal.

Algunos satélites o planetoides quedaron iluminados y visibles en las diferentes pantallas.

Naffer recorrió con la mirada todos ellos.

—Se han escondido. Tratan de burlarnos…

El piloto no parecía comprender. Él era sólo K-III. Recibía órdenes. No pensaba. Así debía de ser de acuerdo con el sistema de vida del Klan del doctor Torka.

La velocidad del ingenio tragaba la distancia, imposible de presumir en medio del celeste espacio.

Al fin una de las cámaras señaló un punto en medio de un lugar inhóspito y Naffer dio la orden de tomar contacto con el satélite.

Poco después y tras un aterrizaje impecable, Naffer descendía de la nave.

Allí estaba F-I.

—¿Qué pretendías? —fueron las primeras palabras de Naffer dirigidas al piloto.

—Nada.

—¿Por qué te has desviado?

—No me desvié —mintió F-I.

—¿Y la nave?

—Se la llevó Foyer.

—¿Foyer?

—Fue él quien desvió el rumbo. Me ha dejado.

—Levanta.

F-I obedeció.

—Me ha roto el brazo… Yo quise defenderme, pero se me anticipó. Es un traidor.

—¿No ocultas nada?

—Puede registrar toda la superficie, Naffer. Estoy yo solo, abandonado.

—Daremos una batida.

—Sí, hágalo, pero no pierda demasiado tiempo. Es necesario capturar a Foyer. Destruirle.

Naffer se volvió al piloto y a su ayudante.

—¡Buscad por toda la superficie!

Rápidamente los seres-robots obedecieron.

—Has tenido suerte. Torka sospechaba algo extraño y me mandó a mí a inspeccionar vuestra ruta.

—Torka no tiene motivos para sospechar de mí. Siempre le he obedecido.

—Entonces, ¿era Foyer?

—Sí. Foyer es distinto. Me atacó por sorpresa.

F-I seguía mintiendo a la perfección.

—Bueno. Si es así nada tienes que temer. Foyer no tiene demasiada experiencia.

—Pero nadie sabe de lo que es capaz.

—Ya decidirá Torka.

Regresaron los pilotos después de la rápida y vertiginosa batida alrededor del satélite.

—Nada —comentó K-III.

—Ayuden a su compañero.

La orden de Naffer fue cumplida al instante y F-I, ayudado por los otros dos, se instaló en la nave especial de Naffer.

A la orden de partida el ingenio volante se puso en movimiento.

—¡A toda marcha! —ordenó Naffer.

El ingenio cruzó el espacio hasta llegar al Klan

La plataforma se preparó para recibir a los que llegaban que poco después estaban ya en presencia de Torka.

El director recibió a su segundo y también al piloto F-I en su estado enfermizo a consecuencia de la rotura del brazo.

El piloto refirió la historia a su manera. Acusó a Foyer de haberle atacado.

—Me pidió conocer cosas nuevas y accedí.

—¿Sólo por eso te desviaste de tu ruta?

—Sí, director.

—¿Por qué no funcionó tu control a distancia?

—No lo sé.

—Naffer te seguía de cerca. Su pantalla dejó de reflejar vuestras imágenes.

—Repito que no lo sé.

—Cometiste un nuevo error, F-I.

—No. Yo soy fiel. La culpa es de Foyer.

Naffer asintió con la cabeza.

—No hemos encontrado el ingenio. Es posible que Foyer sea un espía.

—¿Un espía? Fue sometido a la operación. ¡Como todos!

—Director… —musitó F-I—. Debes encontrar a Foyer. Encárgame a mí la misión. Te aseguro que daré con él.

—Se llevó el ingenio —insistió Naffer.

—Foyer… —Torka quedó pensativo—. ¡Foyer! —repitió.

Dejó al piloto y a su ayudante para ir directamente a la sala de intervenciones.

Instantes después volvía a estar en presencia del cirujano encargado del sistema de inhabilitación cerebral.

—Exijo un informe… Y no me contentaré con medias palabras —exclamó Torka fuera de sí.

—Director. Yo trabajo de acuerdo con su esquema.

—¿Qué me dice de Foyer?

—Foyer fue operado como los demás. Se emplearon los mismos procedimientos.

—¿Acaso hay algo que falle en el sistema?

—Tendría que examinarle de nuevo.

—Ha huido después de atacar a F-I.

—No sé qué contestarle, director. No entiendo el caso.

—Deme la ficha de Foyer.

El cirujano indicó el aparato reproductor de documentos y lo puso en funcionamiento.

A través de la pantalla, el director pudo ver el proceso operatorio de Foyer.

—Si ve algo anormal, sugiero que me lo diga.

El director tuvo que admitir que todo estaba correcto.

—¿Qué hay de F-I? ...

—Igual, director —y para que sus palabras quedaran confirmadas pasó el proceso de la intervención del piloto.

El director comprendió, después de haber presenciado la reproducción televisiva de aquellas intervenciones, que algo no funcionaba bien en el Klan.

CAPÍTULO VIII

Foyer seguía perdido en el espacio.

Tras una larga ruta seguida a través del cuenta distancia decidió cambiar de rumbo.

Descubrió que los mapas automáticos eran incomprensibles para él. Sólo podía descifrar el relativo al Klan, único lugar al que no podía volver.

Encontró indicaciones de otros puntos, pero ignoraba por dónde podía llegar a ellos.

Tampoco podía explicarse a sí mismo el tiempo que llevaba tripulando el ingenio.

Miró el armario de provisiones y comprobó que estaban tocando a su fin.

—Si no encuentro pronto un habitáculo pereceré —vaticinó.

Pero el habitáculo no aparecía. Todo era oscuridad a través del visor de la nave.

Las estrellas seguían siendo puntos luminosos alejados, inalcanzables.

¿Dónde estaba?

Foyer se sintió tan perdido como cuando F-I le amenazaba con aquel vaporizador capaz de destruirle.

No obstante, algo íntimo le decía que seguía vivo para realizar algo grande.

Solo en el espacio, sin apenas medios de subsistencia intuía que una fuerza superior a él le estaba gobernando.

—¿Por qué estoy vivo? —se preguntaba.

Tal vez todo era sólo una ilusión. Quizá su

destino sería el de morir irremisiblemente olvidado de todos.

* * *

Un sistema electrónico ideado por el cirujano permitía la rápida compostura del brazo roto de F-I.

—No tardará en estar como nuevo, director —anunció el cirujano.

—Está bien. Descansa en tu ataúd —ordenó Torka al piloto.

—Sí, director —asintió éste.

Poco después F-I estaba metido en su lugar de descanso. Pero no como los demás en una actitud de somnolencia abúlica. Él pensaba. ¡Pensaba!

Sabía que necesitaba destruir a Foyer si quería seguir adelante con sus planes.

Su cerebro había resistido la prueba definitiva y a pesar de ello era capaz de coordinar. ¡Y coordinaba mucho mejor que antes!

Sonrió al pensar en su idea.

«Ellos creen que pueden dominarme, pero en realidad soy yo quien los domino a todos... Esos cerebros serán para mí. Sólo para mí. Yo les dominaré y con ellos mi poder será ilimitado.»

Recordaba los principios que regían el Klan.

Tras las palabras de Torka se escondía la personalidad de quien desea un mundo a sus órdenes sin rebeldías, sin temores a perder el mando y el control.

Le creían sumiso y por eso F-I sabía los tejemanejes del jefe del Klan.

La mayor aspiración era mandar y ser obedecido. Sólo él —Torka— conocía la fórmula para que los cerebros le obedecieran única y exclusivamente sin interferencias.

El doctor y Naffer eran casos excepcionales, pero también estaban sometidos a él porque aquella fórmula capaz de prestar la máxima obediencia a su persona la tenía bien guardada en su mente. Si el cirujano o Naffer se revelaran se encontrarían en un mundo completamente vegetal. Nadie les obedecería. Serían únicamente dueños de plantas humanoides, por eso las dos únicas personas del Klan que no habían sido sometidas a intervención eran fieles a su jefe.

Sin embargo, él, F-I, era distinto. Con su actitud pasiva, pese a algunos fallos, estaba consciente de que la intervención no le había convertido en un autómata y quería sacar provecho de ello...

Pensó en su viaje al *planeta.*

Las órdenes habían sido concretas.

—Reúne a los doce cerebros. El control te dará los nombres. Explícales tu procedencia y consigue que se metan en el ingenio espacial.

Sí. Su misión era dirigirse al *planeta* y antes de destruirlo obligar con buenas palabras o a la fuerza a los cerebros. Todo lo demás debía ser destruido, incendiado, por el procedimiento infalible.

—Los científicos —había dicho Torka— *están ávidos de saber. Con tu llegada verán una gran posibilidad de aumentar sus conocimientos. Y*

accederán de buen grado.

Sí. Este era el plan.

Un plan factible porque en el *planeta* había gente inteligente y bien preparada, pero luchaban contra un material rudimentario.

En el *planeta* todo se confiaba al factor hombre, pero se carecía de medios.

En tales circunstancias la inteligencia estaba desarrollada, lo que fallaban eran los medios y todos los científicos querrían descubrir esos medios.

—Luego cuando ya sea demasiado tarde verán la destrucción del planeta —siguió el director, al tramar el plan de ataque.

Y *él, F-I, asentía a todo.*

—Nuestro sistema de inmovilización hará que no puedan revelarse contra nadie.

Y F-I asentía con la cabeza.

Sí. Los planes estaban bien trazados. Iban a dejar al *planeta* sin genios. Lo iban a destruir y los genios tendrían que colaborar con el Klan.

Torka deseaba saber si un cerebro superdotado se convertiría en un miembro vital insensible como los de los demás.

Por su parte él, F-I, pensaba utilizar los cerebros en su provecho. Sí. Llevaba tiempo acariciando aquella idea, pero no podía destruir a Torka sin saber la fórmula.

Sólo los cerebros pueden descubrir esa fórmula. En el Klan tienen todos los medios para trabajar y un cerebro trabaja en cualquier parte porque ha

nacido para ello, para crear.

Así pensaba F-I.

Pero ahora todo su plan estaba en peligro…, porque Foyer sabía la verdad. Su verdad. Y necesitaba silenciarlo.

—De este modo —pensó en voz alta—, seré como un héroe para Torka y a la vez me habré librado de un peligroso enemigo.

Tuvo que cerrar la válvula de sus pensamientos porque la luz amarilla le indicaba que se presentara en la plataforma de salida y regreso.

Se dio cuenta de que su brazo estaba ya en perfectas condiciones. Aquello era otro de los superadelantos del Klan.

Salió para emprender el viaje.

Un viaje que tenía un solo objeto, capturar y eliminar a Foyer.

Momentos después todo estaba preparado para conducir su nuevo ingenio.

El propio director le despidió personalmente.

La nave de F-I se perdió en el espacio.

CAPÍTULO IX

El largo peregrinar por el espacio de Foyer, continuaba sin aparente remisión.

Ya había agotado sus reservas de manutención.

Ante él, tenía el espectro de la oscuridad.

¡Solo en el espacio!

Había oído contar leyendas y ahora hasta le parecía escuchar gritos angustiados de seres que vagaban en la inmensidad de lo desconocido.

Se aferró a los mandos del ingenio sin perder la confianza.

—Si he de perecer, no será causando ningún mal a nadie —se dijo a sí mismo.

Una luz oscilante se encendía y se apagaba de forma intermitente.

Foyer ignoraba el significado de aquel aviso.

Revisó el libro de ruta.

La advertencia estaba clara.

«Si algo falla, comunica a control»

No. No podía seguir aquellas instrucciones por que sería como abandonarse a su suerte.

El botón de control estaba ante él. Pulsándolo pondría la nave en manos de los sicarios de Torka para que ellos autodirigieran la nave.

La luz seguía oscilando.

Puso en funcionamiento una de las pantallas destinadas a detectar obstáculos.

El camino estaba expedito. Los obstáculos se anunciaban por medio de pequeños puntos.

No. El intermitente debía anunciar otra cosa.

Conectó otra de las pantallas. Nada.

Siguió probando hasta que una se le apareció luminosa y en ella un punto lejano que parecía seguir su misma trayectoria.

Agrandó la imagen para conseguir un primer plano.

¡Era una de las naves del Klan!

Todas podían comunicarse entre sí y por ello no le resultó nada difícil conseguir un acercamiento con el rostro de quien la pilotaba.

—F-I —exclamó.

Sí. Había descubierto a su seguidor cuando el intermitente dejó de funcionar.

Con ello lograba también algo muy útil para el futuro. Cada una de las lámparas con capacidad para oscilar automáticamente correspondía a una pantalla distinta y ello indicaba al piloto alguna circunstancia que se podía comprobar mediante las distintas pantallas marcadas con el color de la lámpara.

«Si yo veo a F-I, él también puede verme», pensó Foyer.

Pero luego recordó que estaba tripulando la propia nave del rebelde.

¡No! No podía verle porque el propio F-I había tocado el control para neutralizar todo espionaje.

Sonrió.

Al menos en aquello le favorecía la suerte.

No obstante, Foyer sentíase desfallecer.

La falta de alimentos era un gran obstáculo.

De pronto todo el espacio azul le pareció que se cubría de una extraña neblina.

¿Era su cerebro?

Puede que a pesar de haber resistido una intervención quirúrgica, no podría con algo tan sustancial como los alimentos.

Buscó en todas las pantallas que como las veces anteriores mostraron la más perfecta oscuridad.

¿Es que no habría un habitáculo en todo el cosmos?

¿Acaso estaba dando círculos en el mismo espacio?

No supo por qué recordó la palabra eternidad.

La eternidad.

Algo que no tiene principio ni tendrá fin.

¿Estaba acaso en la eternidad?

Podía escuchar cada vez más espaciados los latidos del motor que sustentaba su ser.

Tic… tic… tic.

Era el fin…

¿O acaso el fin había acaecido ya mucho antes y aquello era sólo una pesadilla?

Tic… tic…

Cada vez eran más débiles aquellos latidos sin los cuales no es posible la vida.

La eternidad.

De pronto ante sus ojos se le apareció una masa informe.

¿Un habitáculo?

No supo o no pudo discernir lo que era que había roto las tinieblas de la noche sin fin.

Accionó la palanca para entrar en la órbita de aquel lugar.

La nave descendió vertiginosamente.

Al tener algo con que poder comparar la velocidad era fácil advertir hasta qué extremo inimaginable adelantaba la nave hacia su encuentro con la fuerza de atracción del lugar.

Foyer pudo ser consciente de sí mismo en los últimos momentos de vuelo para guiar a la nave a cualquier sitio donde pudiera tomar tierra.

Entre brumas le pareció que llegaba a un sitio ruinoso entre montañas calcinadas y profundos precipicios.

Consiguió detener la nave y hacer que ésta lentamente tomara tierra.

Pulsó el botón de apertura de la puerta y ésta se abrió.

Una suave brisa entró a través de la abertura.

Foyer llegó hasta la puerta, luego el desvanecimiento total invadió su ser.

Cayó.

Quedó inconsciente en medio de un mundo en ruinas.

* * *

En su patrullar por el espacio F-I consiguió avistar el *planeta.*

No pensaba que su perseguido, Foyer, hubiera podido llegar hasta allí hasta que vio su cuerpo tendido junto a la nave.

Sí. Foyer estaba en el *planeta* que el propio F-I había destruido.

Sonrió al pensar que su captura sería más fácil de lo que cabía suponer.

Pensó también en otras cosas.

Pensó otra vez en cuando acudió a aquel lugar con la misión de destruirlo y recuperar los cerebros.

También en aquella ocasión y por mera precaución había cerrado el control de su nave.

Y entonces —siguió recordando— mandó su mensaje a los cerebros.

—Utilicen su subterráneo. Su planeta quedará destruido. Utilicen rápidamente su subterráneo. Les daré otros dos avisos, calculen el tiempo que transcurre de un aviso a otro… Calcúlenlo porque cuando dé el tercer aviso ya no podrán hacer nada… Si han logrado escucharme den la señal con su sistema… Utilicen los medios comunes, yo la captaré. Si no me han oído destruiré su *planeta* ahora mismo.

¡Y la señal llegó!

Y entonces él, F-I, les dio tiempo suficiente para la evacuación.

Recordó cuando les había dado el segundo aviso.

—Su tiempo se agota. Recuérdenlo, el próximo aviso será definitivo.

Y por si acaso dudaran de su eficacia descendió hacia un punto cualquiera y fumigó la tierra con el líquido destructor.

Instantes después la evaporación de aquella sustancia provocó un pavoroso incendio.

Informó a través del micro.

—La prueba de lo que va a ocurrir acabo de darla. —Y seguidamente informó de la latitud en que había provocado el incendio.

Recibió un segundo comunicado que indicaba que la comprobación había sido hecha.

Por fin dio el tercer mensaje convencido de que los cerebros se habían salvado.

Pero eso nadie lo sabía —sólo él—. Para el Klan, todo vestigio del *planeta* había desaparecido. No quedaba nada con vida.

—Esta es una magnífica ocasión para volver —pensó en voz alta dirigiendo la nave hacia el punto donde había tomado tierra la de su perseguido Foyer.

—Terminaré con él y de paso efectuaré una inspección… Este es el mejor momento para entrar en contacto con los cerebros.

Y dirigió su nave hacia el punto exacto donde Foyer yacía en medio de lo que había sido una ciudad y de la que ahora sólo quedaban montañas de escombros y de metales fundidos.

CAPÍTULO X

Simultáneamente al desfallecimiento de Foyer, alguien en las entrañas del *planeta* había seguido la evolución.

En una estancia privada, equipada con aparatos de observación, el profesor Aknotter, a través de una cámara, observó atentamente.

A su lado tenía a otro colega.

—¿Qué opina, Bano?

—No lo sé, pero es la primera vez que veo de cerca un aparato como éste. Siento curiosidad.

Una voz femenina advirtió.

—No salgan… Pueden correr peligro.

—Alguien necesita nuestra ayuda, hija —repuso Aknotter.

—¿Y si fuera una trampa?

—La otra vez quienes lo destruyeron todo nos advirtieron. Ahora, sea quien sea, precisa nuestra ayuda. Venga conmigo, Bano.

—Si sales, padre, yo también quiero ir.

—No. Lo que hay fuera no es agradable.

—Lo sé. Todos son ruinas.

—Quédate.

—Quiero verlo, padre… Y quiero estar a tu lado

—Está bien, no perdamos tiempo.

El profesor Bano, colega de Aknotter, murmuró

—¿Cree necesario advertir a los demás?

—No, Bano. Sólo será un momento. Ahora ya no existe peligro. El suelo se ha enfriado.

—Puede haber contaminación.

—Lo he comprobado. Los cadáveres han

quedado convertidos en ceniza. El fuego ha purificado todo peligro de contagio.

—Aknotter… ¿Cree que alguna vez podremos reconstruir todo esto?

—Yo preguntaría más bien si algún día podremos volver a salir sin peligro… Hemos comprobado demasiado tarde la inoperancia de nuestro medio defensivo. Hemos sido testigos de excepción del fin de nuestro planeta. Hemos asistido a la comprobación tangible de lo limitado de nuestra sapiencia. Ahora tenemos a un ser de un mundo desconocido. Ayudémosle.

Intervino la hermosa hija de Aknotter, Corsa.

—¿Y si fuera uno de los que destruyeron nuestro ***planeta?***

—En estos momentos sólo pienso que es un ser que necesita ayuda. ¡Quién sabe si a su vez puede ayudarnos!

Bano se adelantó.

—Voy a comprobar si funciona el ascensor.

Aknotter y su hija le siguieron.

Momentos después Bano informaba ante una galería iluminada que comunicaba con el elevador.

—Todo está en orden.

—Las baterías funcionan. Después de todo no estamos tan atrasados. Lástima que estos medios se construyeran demasiado tarde.

—Sí —admitió Bano—. Hubiéramos podido salvar muchas vidas.

El vehículo elevador subió rápidamente hasta una plataforma superior.

Un indicador anunciaba:

«500 metros».

Era la profundidad a que se hallaban.

Un nuevo elevador sin puertas cruzó varias plataformas hasta que se detuvo.

—Seguiremos a pie —dijo Aknotter.

Salieron los tres y tomaron la escalera con tramos oblicuos que les acercaba a la superficie.

Al fin y tras abrir la puerta cerrada con llave, salieron a una zona arenosa.

Era un lugar especialmente construido en una especie de plazoleta que otrora fuera vergel rodeado árboles.

Ahora todo era un desierto calcinado y más allá día verse el inicio de la nueva configuración de **la ciudad con sus montañas de escombros y de materias fundidos.**

Debajo estaban las cenizas de los cadáveres.

Un visor automático y portátil indicó a Aknotter el lugar donde se hallaba.

—No está lejos —murmuró Aknotter.

Avanzaron hacia los escombros.

Era la primera vez, después del incendio que había destruido el *planeta,* que pisaban los restos de la ciudad.

Bano miró en torno suyo.

—Parece increíble… Lo había visto a través de la pantalla, pero ahora lo estoy pisando con mis pies… Es… increíble, monstruoso.

—Sí lo es —admitió Aknotter.

La muchacha iba en silencio.

Bano comentó:

—Y bastó un tiempo irrisorio, increíble... ¿Quién es capaz de inventar un arma como ésta?

—El arma total, definitiva, para arrasar todo un sistema de vida. Muchos lo habían imaginado, pero nadie dio con ello.

—¿Pero qué se consigue con la destrucción?

—Es una pregunta a la que no puedo contestar, Bano. ¡Mire! Ahí está nuestro visitante.

Sí. Allí estaba Foyer, inanimado.

Se acercaron a él.

La hija de Aknotter puso en funcionamiento un detector, una especie de contador geiger para controlar la posible contaminación.

—No hay radioactividad —anunció.

—Podemos acercarnos sin peligro —musitó Bano.

Rodearon al caído.

—Parece igual que nosotros —dijo Bano.

—¿Qué esperaba encontrar? —inquirió Aknotter.

—No sé... Usted ha visto a gente así.

—Dos veces. Eran parecidos. Lo único que les diferenciaba era la escafandra y su forma de hablar... Lo hacían utilizando el pensamiento. No era la boca la que hablaba, sino su intelecto. Lo que nosotros llamamos telepatía.

Corsa se inclinó hacia Foyer.

—Es joven. Muy joven.

También ella era joven y hembra. No era raro que la juventud y hasta la apostura del ser extraplanetario

produjera en la hija del profesor una extraña sensación, como de hallarse ante un congénere igual a los de su raza.

Pero mientras, desde lo alto, F-I asistía a través de la pantalla a aquella escena.

—¡Maldición! —exclamó.

Forzó la marcha de su nave para llegar más rápidamente a la superficie.

—Tengo que llegar antes de que se lo lleven.

Y Bano en aquellos momentos estaba auscultando a Foyer.

—Vive. Yo diría que es un desfallecimiento.

—¿Cambio de atmósfera?

—No. Se acopla perfectamente a nuestro ambiente.

—¿De dónde debe proceder? —inquirió la joven.

—Ya lo averiguaremos… Ayúdeme, Bano, vamos a llevarle dentro.

—¿Qué hacemos con su bólido?

—Me gustaría examinarlo, pero primero es él

Y **entre los dos lo transportaron hacia la entrada del refugio.**

Ya en la órbita del *planeta,* F-I intentaba forzar más y más la marcha para impedir que Foyer pudiera ser rescatado.

CAPÍTULO XI

F-I tomó tierra sobre las ruinas.

Los dos profesores y Corsa acababan de desaparecer en la boca de entrada del refugio subterráneo.

La gruesa puerta de metal a prueba de incendios quedó cerrada y la breve comitiva descendió hasta la galería donde había quedado la cabina elevadora.

Con ella descendieron hasta alcanzar la cota que anunciaba los quinientos metros de profundidad.

A través de la galería tomaron el nuevo ascensor de seguridad para descender hasta las profundidades.

El ascensor les dejó en el punto de partida. De allí arrancaban pasadizos, auténticas calles que conducían a los diversos habitáculos de aquel mundo subterráneo.

La atmósfera que generaban los ambientadores de aire era perfecta y mantenía una temperatura que en nada se diferenciaba de la del exterior.

—Lo llevaremos a la enfermería —dijo Bano.

Cruzaron a lo largo de una de aquellas calles atravesando una breve zona de jardín.

Muy pocos sabían que aquél había sido el primer experimento del profesor Aknotter.

La presencia de vegetales en el subterráneo era una prueba de la posibilidad de vida en unas condiciones muy parecidas a las del exterior.

El resto de la población que había conseguido

ser rescatada, moraba en distintos puntos de aquel mundo bajo tierra.

Bano y Aknotter depositaron a Foyer sobre una camilla.

—Es mejor que lo examine el doctor Hol.

A través de un teléfono interior, Hol, fue llamado.

Era un profesor, doctorado en ciencia médica.

Hol examinó al paciente y explicó:

—Su constitución es en lo esencial parecida a la nuestra. Reacciona igual que nosotros y se alimenta del mismo modo... Y ése es el motivo de su estado.

—¿Inanición? —preguntó Corsa.

—Exacto. Necesita un reconstituyente y buena comida

—¿Está seguro? —preguntó Aknotter.

—Bueno. Yo diría que sí. Es el primer hombre de otro planeta que visito en mi vida. —Sonrió, y añadió—: Ojalá cuando esté en condiciones de hablar podamos entendernos.

—Lo estoy deseando —murmuró Aknotter.

El médico previno:

—Tengan cuidado. No sé cómo podrá reaccionar una vez se vea ante gente desconocida y en lugar ajeno a él. Estaré aquí por si me necesitan...

* * *

Entretanto F-I se había dirigido a la puerta de entrada del subterráneo.

Había visto perfectamente cómo entraban allí a

Foyer.

Era un peligro dejarle con vida... si es que aún vivía.

Sacó su nuevo frasco destructor.

Una solución sería acabar con aquel habitáculo subterráneo. Pero él sabía que allí estaban los profesores, los cerebros y deseaban que viviesen.

Sabía que de aquella distancia era imposible que le observaran desde el Klan.

A lo sumo el director sólo podía ver la forma del *planeta,* pero nada más.

En todo caso vería la nave, pero ignoraría dónde se hallaba.

—Humm —murmuró para sí con una idea en la mente.

Regresó y una vez instalado en la cabina de mandos puso el contacto con el Klan.

La pantalla reflejó el rostro del director.

—Informa F-I —dijo la recia voz de su jefe.

—Estoy en el *planeta* —repuso.

—¿Qué hay de Foyer?

—Está aquí, director. Tengo su nave. Es decir, la que me robó en el satélite, pero él no está.

—Búscale. Detéctale.

—Lo intento, director, pero mis aparatos dan señal negativa —mintió F-I.

Ni siquiera había intentado detectarlo, porque ya sabía positivamente donde se encontraba.

—Quiero que le devuelvas al Klan.

—Si le encuentro acabaré con él.

—No, F-I. Le quiero vivo. Debo tener un

experimento para saber lo que ha fallado.

—Sí, director.

—Sigue la búsqueda.

—Sí, director.

F-I procuraba comportarse como un autómata. Salió del ingenio y deambuló en medio de las ruinas. Pensó en las órdenes recibidas.

¡Le querían vivo!

Sonrió. Ya cuidaría él de dar una excusa cuando le llevara muerto, porque no permitiría que Foyer pudiera hablar sobre lo que sabía. No deseaba exponerse a que se descubrieran sus planes subversivos contra el Klan.

Volvió a avanzar hacia la entrada del habitáculo subterráneo.

Ahora ya tenía una idea concreta de cómo debía actuar.

Tomó uno de sus aparatos portátiles.

El artefacto era para usos diversos y entre ellos figuraba el de poder comunicar con los demás.

* * *

Abajo, Foyer reaccionó favorablemente al medicamento intravenoso que le fue administrado.

Abrió los ojos y miró en derredor.

Lo primero que vio fue el rostro de Corsa.

Sonrió levemente.

Al volver los ojos se encontró con Aknotter.

—Profesor… —murmuró.

—¿Me conoces? —inquirió el aludido.

—Aknotter.

—¡Es fantástico! ¿De dónde procedes?

—De muy lejos…

— Está muy débil —intervino el médico—. Es preciso que tome algún alimento.

—Yo se lo prepararé —se ofreció Corsa.

—Un comprimido vitamínico múltiple —aconsejó Hol—. Si reacciona le facilitaremos algún otro alimento natural.

—Es curioso… Habla nuestro idioma —dijo Aknotter.

A pesar de su debilidad, Foyer se mostraba locuaz, con deseos de iniciar un diálogo.

—Le he visto muchas veces a través de la pantalla… Pero… Creí que el *planeta* había quedado destruido.

—Lo está. Esto es un refugio subterráneo. Demasiado pequeño por desgracia.

—¡Ah! Su refugio… También oí hablar de él.

—Sabes mucho… Y también el idioma.

—Allá… estábamos acostumbrados a oírlo. El director habla igual.

—¿El director?

Corsa se aproximó con el comprimido y un vaso de líquido.

—Tómese esto. Está desfallecido.

—Sí lo estoy… He pasado largo tiempo en el espacio…

Tomó el comprimido seguido del líquido y espero a que se disolviera. Luego, sonriendo, dijo:

—En el Klan tenemos algo parecido.

—¿El Klan? En cuanto pueda háblenos de ese Klan. Todos estamos ansiosos de conocer su

procedencia.

—Sí, señores. Lo explicaré todo. Todo. Es necesario hacer algo y con urgencia…

Los reunidos se miraron entre sí.

La ayuda de Foyer podía servirles de mucho, pero allá arriba, en la superficie, F-I estaba haciendo señales para establecer comunicación.

CAPÍTULO XII

Fue el profesor Kirk quien entró en la enfermería para advertir.

—El transmisor está sonando desde la superficie. Tienen ustedes la puerta cerrada del departamento de control.

—¡Oh! Yo iré —dijo Bano y reaccionó de pronto —. ¿Qué…? ¿Dice que está sonando desde la superficie?

—Sí. En el exterior.

—Pero quién puede ser… Creí que no había supervivientes. —Y Bano salió corriendo para atender a la llamada.

El profesor Kirk avanzó hacia Foyer.

—¡Vaya! ¿Quién es éste?

—Ha llegado en un vehículo desconocido. Ahora se disponía a decirnos de dónde procede.

—Tal vez pertenezca a los mismos que terminaron con el *planeta.* Yo no me fiaría.

Kirk tenía fama de ser el más desconfiado del equipo de eminencias científicas.

Echó una ojeada despectiva a Foyer y murmuró:

—¿Qué le ha pasado?

—Tenía hambre —sonrió Aknotter.

—¿Hambre? Creí que los seres de otros mundos estaban más adelantados.

—Vaya con Bano y que le muestre el artefacto con el que ha llegado. Nosotros nunca habríamos conseguido construir nada parecido.

Kirk avanzó por la calle para llegar hasta la

sala de controles y conferencias.

Bano había establecido contacto con el exterior y a través de la pantalla podía ver a F-I.

—Soy el profesor Bano…

—Bien profesor. Soy F-I, compañero de Foyer al que hace poco han recogido.

—¿Compañero suyo?

—Sí. Si dispone de medios puede ver mi ingenio volante. Le seguía de cerca… ¿Cómo está Foyer?

—Se ha recuperado. Presentaba síntomas de desfallecimiento.

Kirk se había aproximado a la pantalla y adujo en voz baja.

—Esto es una invasión. Quieren completar la destrucción.

Bano no hizo el menor caso y puso su atención en la respuesta del que hablaba desde la superficie.

—No le digan que le he llamado. Foyer padece de una enfermedad de cuidado y puede contaminarles, Déjeme entrar y le sacaré de allí para devolverlo a nuestro habitáculo.

—¿Dice que tiene una enfermedad contagiosa?

—Sí. Eso he dicho. Todos los que están con usted pueden peligrar si siguen teniéndole con ustedes. Tal vez estén contaminados ya, pero yo sé cómo hacer que la epidemia no prospere. Les curaré… Ábrame la puerta y podré cumplir mi misión.

—Está bien… Hablaré con mis compañeros. No

creo que tengan inconveniente.

Cerró la transmisión y volvió la mirada a Kirk que exclamó:

—¡Una enfermedad contagiosa! Vaya a saber qué clase de enfermedad es ésta... Como si no tuviéramos bastantes problemas.

—Bueno... El mismo se ha ofrecido para atajar el mal. Nos ha advertido...

Aknotter llegó en aquel instante:

—Vengan conmigo... Quiero que todos estén presentes en lo que Foyer va a decirnos. Se llama Foyer.

—Sí. Y está enfermo —adujo Kirk.

—¿Quién ha dicho tal cosa? —repuso Aknotter —. Era sólo un desfallecimiento y se ha recuperado muy pronto. Hol dice que le gustaría estudiar a fondo su constitución física.

Bano detuvo la intención de Aknotter de regresar con ellos a la enfermería.

—Espere, profesor.

—¿Qué ocurre?

—Es referente a esa llamada.

Mientras le explicaba la conversación sostenida con F-I, éste en la superficie estaba pendiente de la respuesta.

Cuando Bano hubo concluido Aknotter quedó estupefacto, pero no del todo convencido.

—¿Una enfermedad? Es extraño.

—Bueno... Viene de un lugar desconocido. Puede tratarse también de un virus desconocido... Después de todo Hol no ha podido reconocerle con

calma… Y aunque lo hubiera hecho, si no conoce los síntomas de la dolencia…

Aknotter sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Ignoramos cómo son la gente de otras latitudes pero si están enfermos deben reflejarlo de algún modo y Foyer no tiene el aspecto de estar enfermo… Déjeme echar un vistazo a ese compañero que ha llamado. ¿Cómo se llama?

—Ha dado como referencia F-I —explicó Bano. Aknotter dio el contacto de la pantalla y ésta reflejó al instante la figura de F-I.

El profesor le examinó atentamente.

—Se le parece bastante. Sólo es más alto —dijo cerrando de nuevo.

—¿No piensa hablarle? —inquirió Kirk.

—Primero prefiero hablar con Foyer.

—Si está contaminado es mejor quitárnoslo de encima cuanto antes…

—Kirk… ¿Acaso no le interesa conocer en unos minutos cosas que hemos tratado prácticamente toda una vida en intentar aprender? Esta es una buena oportunidad. Foyer ha venido en son de paz y además dice que lo que tiene que decirnos es muy importante. Nos afecta… Le estamos haciendo esperar.

Kirk lanzó un suspiro.

—Discúlpenme… He perdido la fe en todo. Crea que debieron salvar a otro en mi lugar…

Aknotter dio una palmadas en la espalda de si colega.

—No diga tonterías, Kirk. Está usted

desmoralizado. Esto nos ocurrió a todos al principio… Y nos ocurre cuando pensamos en lo que sucedió… Pero es necesario olvidarlo. Trabajar para construir un mundo más sólido. Las lamentaciones no nos conducirán a nada. ¿Y de qué serviría habernos salvado si sólo aspiramos a que llegue la muerte sin hacer nada positivo?

Bano argumentó:

—Es un mundo, Kirk… Un mundo nuevo el que nos toca reconstruir. No sabemos cómo será, pero debemos intentar que sea mejor que antes. Y para ello tenemos que poner buena simiente.

—Ya ha oído a Bano… No importa nuestra contaminación si conseguimos que Foyer nos oriente. Luego dejaremos que entre ese F-I…, que se lo lleve y que nos salve si puede… De momento daré orden para que todos los pasos queden cerrados. Estaremos aislados del resto.

Kirk asintió.

—Disculpen. Estoy con ustedes.

—Pues recuérdenlo. De ahora en adelante estaremos solos. A fin de evitar el contagio nos aislaremos Si no hubiera salvación para nosotros dejaríamos las notas a los que previamente elegiremos para continuar nuestra labor, dando cuenta de las enseñanzas que Foyer pueda depararnos.

El control con el exterior sonó de nuevo.

En la superficie, F-I se impacientaba.

—Que espere unos instantes, Bano. Háblele usted mismo. Dígale que tenemos dificultades para

abrir la puerta. Que lo estamos intentando. Entreténgale y venga cuanto antes. No hagamos esperar más a ese muchacho…

CAPÍTULO XIII

Foyer estaba sentado en un sillón funcional. Delante de él se agrupaban ocho eminencias, faltaba uno, Bano, que seguía en el trasmisor.

Nueve eran los cerebros que tras la destrucción del *planeta* habían sobrevivido.

Entre ellos estaba Hol, especialista en microbiología y médico además.

Kirk y Aknotter, considerado este último como la máxima eminencia y otros cinco, autoridades igualmente en diversas ramas.

—Empiece, Foyer —invitó Aknotter.

Kirk, en voz baja, musitó:

—¿No piensa hablarle primero de F-I?

—Temo que si mencionamos la presencia del compañero pueda afectarle.

—Tiene razón.

El inicio de Foyer no pudo ser más conciso y claro a la vez:

—El hombre que rige el Klan ordenó la destrucción de su mundo.

Los reunidos se miraron unos a otros.

—Quiero que sepan ante todo los sistemas que rigen allí y los peligros que pueden correr, sobre todo ustedes… Ellos piensan que son doce.

—¿Doce? ¡Oh, sí…! La comisión de los doce —explicó Aknotter —estaba considerada como la que agrupaba las inteligencias más notables de nuestro *planeta.* Eso podía ser discutible… Fuera de nosotros existían científicos de talento… Hubiéramos querido salvarles a todos.

—Al director del Klan sólo le interesaban ustedes... Faltan cuatro.

—Bano vendrá en seguida. A los otros tres, desgraciadamente, no pudimos salvarlos.

Bano llegó precisamente en aquel momento con una noticia poco tranquilizadora.

—Señores. El individuo que dice ser F-I, acaba de amenazar con destruir la puerta si no la abrimos inmediatamente.

—¿Destruir la puerta? —comentaron varias voces.

Foyer se incorporó de un salto:

—¡F-I aquí! No creí que me encontrara tan pronto... Debieron rescatarle allá en el *planeta*.

—¿Cree que tiene medios para derribar nuestra puerta de resistencia? —inquirió Bano.

Aknotter asintió:

—Procede del habitáculo que destruyó nuestro planeta.

—Fue él mismo quien lo hizo —puntualizó Foyer—. También quería hablarles de él.

—¿Qué hacemos? —preguntó Bano.

—¿Se puede hacer algo? —inquirió Aknotter dirigiéndose a Foyer.

—Temo que no.

Se hizo un silencio que interrumpió uno de los otros cinco profesores para preguntar.

—¿Qué pretende F-I?

—Intentaré explicárselo si le entretienen. Digan que saldré en seguida... Pero ustedes deben estar prevenidos.

Era un momento grave. Si Foyer salía sin explicarles quién era y lo que pretendía F-I, los profesores y todos los supervivientes del mundo subterráneo correrían un serio peligro. Por otra parte si F-I se impacientaba cumpliría su amenaza provocando el incendio.

—Entreténgale, Bano… Haga lo posible. Necesitamos saber lo que Foyer tiene que decimos.

—¡Un momento! ¿Qué hay de esa enfermedad contagiosa? —adujo Kirk.

Foyer no comprendió la pregunta a él dirigida.

—F-I dijo que usted estaba contaminado.

—No le crean. Es una treta para poder entrar aquí sin que sospechen la verdad. En realidad quiere matarme.

—¿Por qué? —preguntó alguien.

—Porque sé demasiado.

—¡Vaya, Bano! —exclamó Aknotter—. ¡Y por lo que más quiera, consiga entretener a ese hombre hasta que sepamos lo que nos conviene!

Bano se apresuró a cumplir la orden mientras Foyer rápidamente entraba en los detalles imprescindibles.

Y en el exterior F-I, ante los atónitos ojos de Bano que le observaba por la pantalla, mostraba su pequeño frasco de líquido corrosivo. Aquello que sólo parecía una muestra tenía un poder incalculable.

—No se necesita mucho más que esto para terminar con un *planeta* como el suyo. Al pulverizarlo se esparce por la atmósfera y produce

por sí mismo un gas que se multiplica y se inflama. Ustedes saben lo que es esto porque no hace mucho que lo vivieron.

Bano pensó que mientras F-I hablara transcurrían los momentos con los que se ganaba el tiempo que se pretendía.

—Oiga, F-I. No debe utilizar esto. Estamos dispuestos a abrir, en cuanto hayamos resuelto el problema. Ya se lo dije, se trata de una avería en la puerta.

—¿Tantos cerebros no son capaces de dar con la solución?

—Carecemos de materiales apropiados. Vivimos en un pequeño reducto. Ya lo verá usted mismo. Pero nos destruya la puerta. No podríamos repararla

—¿Está tratando de ganar tiempo? Sé lo que ocurre. Foyer está hablando. Les está diciendo quién soy yo. ¿No es así?

—No lo sé. No estoy con él. No sé lo que ocurre.

—Yo no quiero hacerles daño. Al contrario, pero si me obligan a ello no vacilaré un solo instante.

—Usted tiene el poder en sus manos. Momento más o menos carece de importancia.

Bano sudaba a pesar de que la temperatura ambiente era perfectamente soportable.

F-I se mostraba cada vez más impaciente.

No dejaba de juguetear con el pulverizador.

Y **entretanto en la enfermería Foyer aceleraba**

relato.

CAPÍTULO XIV

—El director desea experimentar con ustedes, mientras que F-I quiere únicamente la experiencia de sus conocimientos.

—Entonces F-I es un traidor dentro del *planeta* —dijo Kirk.

—Sí. Esa es la definición.

Intervino Aknotter para preguntar de modo pensativo:

—Pero usted asegura que todos pasaron por la misma intervención de la inhabilitación del cerebro.

Foyer asintió.

—¿El también?

—Sí, pero superó esa prueba, o acaso le sirvió para que su cerebro se volviera perverso.

Se hizo un silencio. El tiempo transcurría.

—¿Y usted? ¿Recuerda cómo era antes de esa operación? —preguntó Aknotter.

—Un ser normal, creo. No tengo mucho tiempo de relatarles mi vida. Pero no hay nada de relieve en ella.

—Y también superó la prueba —musitó Aknotter como si pensara en voz alta.

Kirk adujo por su parte:

—No deja de ser curioso. La misma operación y los resultados completamente opuestos.

—¿Qué opina de esto, Hol? —preguntó otro de los reunidos.

—No lo sé. Estudié a fondo la técnica de los trasplantes entre sujetos de nuestra especie. El

cerebro siempre se consideró como algo demasiado delicado. No obstante como todos saben se experimentó en animales.

Hizo una pausa para seguir exponiendo su docto criterio:

—Dejando aparte lo que sobre la materia se escribió, particularmente llegué a la conclusión de que un cerebro inhabilitado, como dice Foyer, convierte ciertamente al sujeto en poco más o menos que una planta.

—Exacto —dijo Foyer.

—Un sujeto sin espíritu, totalmente pasivo. Vive porque viven en él otros órganos vitales. Pero es incapaz de autocontrolarse. Por otra parte los cerebros que llegaron a la ciencia, eminentes sabios, demostraron que nada en absoluto les diferencia de los demás, si bien se pudo comprobar que casi todos trabajaron al tope de sus posibilidades. En todo caso quedaban zonas, por decirlo así, en blanco y valga también la expresión.

Dada la premura del tiempo, Aknotter cortó.

—Resumiendo, que lo que dice Foyer es perfectamente factible. O sea inhabilitar el pensamiento de un sujeto y para evitar que se convierta en un ente vegetativo puede inyectársele alguna sustancia que lo haga revivir pero sólo para obedecer una determinada voluntad.

—Sí.

—¿Se refiere a lo que en algún tiempo se llamó lavado de cerebro? —terció uno de los profesores.

—Aquello era otra cosa —repuso Hol—. Aunque quizá lo que se perseguía en el fondo era eso.

—Bueno… No quiero exponer por más tiempo sus vidas. F-I no esperará mucho tiempo. Debo ir con él.

Se hizo un silencio.

Fue Corsa quien le interrumpió con un grito desgarrador.

—Va usted a una muerte segura.

—Él no quiere sus vidas sino la mía. Es la que vale menos.

—No. —Protestó Aknotter—. Usted hizo mucho por nosotros. Nos ha prevenido. Ahora conocemos nuestro destino y se mire por donde se mire no es muy halagüeño.

Foyer buscó algo en el bolso hermético acoplado a su traje.

Sacó el pequeño frasco pulverizador y lo depositó sobre una mesita.

—No sé si les servirá de mucho. Es un líquido inflamable. Gas… Su única salida es destruir el Klan. F-I no podrá pilotar los dos ingenios a la vez. Uno tendrá que quedarse aquí. Utilícenlo.

—Usted tiene que venir con nosotros —espetó Kirk—. Corsa tiene razón y el profesor Aknotter. No podemos permitir que vaya a una muerte segura.

—Alguien tiene que sacrificarse. Si F-I sabe que me uno a ustedes nos aniquilará a todos. El gas es sólo para atacar a distancia, no para defenderse.

Odio la destrucción, pero en este caso se trata de ellos o de ustedes. Y nunca conseguirán reconstruir su mundo mientras el director del Klan siga vivo. O mientras viva F-I.

Otro silencio.

Era el momento de tomar una resolución suprema, pero Foyer no esperó.

Comenzó a caminar hacia la salida, murmurando:

—Todos nacemos para algún fin, si el mío ha servido para hacer algo positivo, daré por bien empleada mi existencia.

—¡Espere! —Aknotter estaba ya decidido—. Hablo en mi nombre y creo que también en el de mis compañeros.

—No hay tiempo.

—Sí.

—¿Qué piensa hacer?

—Nuestra suerte está echada. O pasar a depender de un loco que quiere experimentar con nosotros o de otro loco que piensa utilizarnos para fines criminales. En uno u otro caso nuestra existencia tampoco tendría razón de ser. ¡Lucharemos!

—Él tiene un arma como ésta... Antes de verse en peligro les aniquilará.

—Tenemos que intentarlo. ¡Vamos! Yo iré delante.

Corsa se puso al lado de su padre.

—No, hija...

—Siempre fui contigo, papá.

—Son ustedes extraordinarios —murmuró Foyer.

—No somos nosotros. Conseguimos rescatar un número de vidas. No muchas. Apenas mil seres en un planeta de cientos de millones. Ellos pueden ser la simiente del futuro y es a ellos a quienes defendemos.

Bano asomó por la sala de control.

—¡Es inútil! Va a destruirlo todo —gritó.

—Yo le hablaré —repuso Aknotter. Y corrió hacia el transmisor.

CAPÍTULO XV

Uno a uno los nueve hombres de ciencia salieron a la superficie.

Con ellos estaba Foyer y la hija de Aknotter.

F-I les examinó a todos sonriendo.

—¿Es una comisión de bienvenida? —preguntó.

—Usted sabe que no —repuso Aknotter.

—Ya… Foyer les ha contado todo.

—Si —repuso Aknotter impasible, frío.

—Bueno. Eso me ha ahorrado hacerlo yo mismo.

—Ninguno de nosotros estamos dispuestos a acceder. No nos prestaremos a ser piezas de laboratorio de su director.

F-I atajó rápidamente las palabras del profesor jefe.

—Les conviene más trabajar a mis órdenes. Obtendrán material que nunca han podido soñar que existiera en su mísero *planeta.* Se les tratará perfectamente. Gozarán de toda clase de privilegios. Y tendrán un ejército de servidores.

—¿Con qué objeto? ¿Cuáles serían nuestros fines?

—La conquista de nuevos habitáculos. La sabiduría infinita. La lucha contra lo que nadie ha sido capaz de evitar jamás: La muerte.

—Esas conquistas tendrían que ser sangrientas. Cada cual en su mundo vive como quiere o como puede.

—La gente sería perfecta, y a ustedes les cabría el honor de haberles enseñado esa perfección.

—Siempre se han dicho palabras como éstas —adujo Bano—. Pero la realidad suele ser distinta porque detrás de cada una de esas palabras se esconde un fin egoísta.

—No te esfuerces —terció Foyer a su vez—. Saben que lo primero que pretendes es averiguar la fórmula del director para conseguir la sumisión de los inhabilitados. Tú no puedes gobernar un Klan de seres sin voluntad. El poder es para dirigir a alguien, y aun con todos los adelantos del Klan los cerebros de los profesores te superarían. Y tú quieres estar en la cumbre.

—Les has estado envenenando, Foyer —le miró amenazador esgrimiendo el pulverizador.

—Sólo les he hablado sin paliar la realidad.

—No me digan entonces que prefieren morir —sonrió F-I.

—A veces es mejor —repuso Aknotter.

—Pero tú serás el primero, Foyer —espetó F-I.

—¡Cuidado! —exclamó Corsa al ver el frasquito fatídico.

Pero entonces Foyer esgrimió el suyo que había vuelto a quedarse.

—Está bien. Empieza F-I. Empieza. Yo haré lo mismo. Sólo basta apretar el botón. Da tiempo. Tú lo sabes.

Los dos seres se hallaban frente a frente en la situación más tensa, más dramática y también más comprometida.

Foyer se lo jugaba todo. Perdía la vida, pero F-I no ignoraba que también la suya peligraba.

—¡Atrás, atrás! —gritó a los profesores.

Aknotter protegió a su hija con el brazo. Los otros comenzaron a retroceder hacia la entrada del refugio subterráneo.

Y allí delante F-I y Foyer se miraban fijamente, desafiantes, los dos.

—De nada te servirá la muerte ajena si encuentras la propia —dijo Foyer más tranquilo. Más aplomado.

—Pero tus simpáticos cerebros no sobrevivirán. Si quieren reconstruir su mundo, el director sabrá de su existencia y volverá a destruirlo. Mandará a otros pilotos. Desde el Klan puede dominar los habitáculos más próximos. Lo que pretendes, Foyer, es prolongar su agonía. Yo les ofrezco la vida, la posibilidad de trabajar sobre materias desconocidas, de desarrollar su existencia.

—No lo quieren y son libres de aceptar. Incluso de morir.

—Está bien, Foyer —dijo al fin F-I rompiendo la tensión—. Regresaré. Sé… perder. Por mi parte cedo, pero no esperes que el director piense igual.

Reculó unos pasos sin soltar nunca aquella arma que para un lego resultaba absurda, casi risible, pero que su gas poderoso e inflamable con el contacto de la atmósfera poseía un poder de destrucción rápido y total.

También Foyer avanzó.

—No te acerques —previno F-I.

—Quiero estar seguro. No esperes que me fíe de ti.

—No he renunciado a mi sed de poder. Lo buscaré por otros medios. Y te venceré, Foyer. Te venceré.

Retrocedió a todo correr para dirigirse hacia su ingenio volante.

Foyer dejó de perseguirle para correr hacia el suyo.

Aknotter gritó:

—¿Qué piensa hacer?

—Cualquier cosa menos dejar que se aleje.

—No se exponga, Foyer —advirtió el profesor.

—No es más que un traidor. Aquí no podía hacer nada porque no ignoraba que se jugaba su propia vida, pero desde el aire atacará. Lo sé. No se resigna a perder.

Foyer subió rápidamente a su ingenio mientras F-I, por su parte, había logrado poner el suyo en movimiento.

Se elevó rápidamente y ante los ojos atónitos de los profesores descendió a idéntica velocidad.

—¡Todos dentro!—gritó Aknotter.

Foyer estaba en lo cierto porque el otro se disponía a atacar.

Si F-I poseía más veteranía en el manejo de aquellos artefactos, Foyer, el ser que momentos antes estaba dispuesto a sacrificar su vida sin lucha por una causa justa, ahora, en cambio, demostraba su valer.

No era el matón que se creía indestructible, pero en todo momento sabía estar a la altura de las circunstancias.

Con toda serenidad manejó los mandos de su nave.

La de F-I, más alta, parecía dominar la situación.

El bólido, equipado con fumigadores automáticos de aquel gas invisible estaba en situación de disparar.

Foyer dio una pasada bajo el enemigo y se anticipó en el disparo.

El líquido se inflamó rápidamente en el aire produciendo una tremenda explosión.

F-I pudo esquivarlo dirigiendo su ingenio hacia otro lado.

Foyer salió en pos de él.

Los ingenios giraban como un carrusel cambiando constantemente de dirección.

Era Foyer el que atacó de nuevo.

Varias explosiones atronaron en el aire.

Replicó F-I y el gas rozó la nave de su contrario.

Foyer tomó altura para atraer a su enemigo y alejarlo lo más posible de las proximidades de la superficie del *planeta.*

F-I lanzó su nave contra la rival.

De pronto Foyer dio un brusco cambio, demostrando su capacidad para manejar el ingenio con evidente maestría.

Desde la superficie daba la sensación de que los dos artefactos fueran a chocar.

Continuaron ambos la misma trayectoria.

Era aquélla una carrera de poder a poder.

Ambos pilotos tenían las palancas de suelta de gases preparada.

Foyer comenzó a accionar la suya expulsando los gases a la mayor distancia posible.

Resonaron en el aire hasta tres explosiones seguidas.

La onda expansiva actuaba como un eco tras las explosiones.

Innumerables bolas de fuego flotaban en el espacio, mientras la lucha proseguía.

Tomó la iniciativa F-I pasando a un ataque rabioso. Quería demostrar su mejor saber, su experiencia del tiempo que llevaba tripulando las naves.

Foyer tuvo que retroceder.

Para el más joven de los contendientes, sólo la larga singladura, perdido en el espacio, contaba en su historial de vuelo.

Se defendía bien, pero ahora, cuando rectificó la posición de su ingenio para contraatacar, la palanca quedó atascada.

Repetidamente la accionó frenético.

De los conductos expulsadores de gases no salió nada.

F-I estaba ya allí, a punto de alcanzarle.

—¡Algo le está ocurriendo a Foyer! —exclamó Kirk que observaba el combate con una especie de catalejo de gran alcance.

Pasó su largavistas a Aknotter que corroboró:

—Parece como si hubiera acabado la carga de gas.

No. El depósito marcaba munición suficiente, pero la palanca seguía atascada.

Hábilmente esquivó una racha de impactos que al estallar en el aire producían nuevas bolas de fuego.

Era inútil pretender arreglar la palanca en aquellos instantes decisivos.

Al fin parecía que la mayor veteranía de F-I iba a imponerse simplemente por un fallo técnico.

CAPÍTULO XVI

Jadeante al ver que su único medio de continuar la lucha era esquivar únicamente los ataques enemigos, accionó por última vez los mandos expulsores.

Pensaba en los profesores, en las vidas allá abajo guarecidas. Todos perecerían, porque F-I no perdonaría.

De pronto una vez y una risa ahogada llamaron su atención.

La voz había surgido del receptor de la nave.

La reconoció en seguida. Era la del director.

—Es inútil que te esfuerces, Foyer. Has cometido la acción más imperdonable. Te has rebelado. Pero de nada te servirá.

En aquellos instantes no había pensado siquiera que desde el Klan pudieran haberle estado observando.

La voz siguió.

—F-I recibió la orden de traerte vivo. Quería ver dónde estaba el fallo de tu cerebro, pero no importa. Prefiero ver como te destruyen. Yo había confiado en ti.

—Yo también, director. Había creído en su mundo paradisíaco. Sin darme cuenta de que lo que usted está haciendo es privar a los seres de su espíritu que es lo más hermoso, lo que en realidad vive.

Se interrumpió para evitar el acoso de su rival.

F-I últimamente arremetía frenético. Le sabía en apuros y atacaba con ardor para inclinar

definitivamente la victoria a su favor.

Ahora la faz del director apareció en la pantalla.

—Lo que intento decirte, Foyer, es que todos tus pensamientos no pueden servirte para nada.

—¿Por qué? Conmigo su intento de convertirte en un animal fracasó. Tal vez sea un error, o tal vez alguien más poderoso que usted y que todos, hizo que ante todo prevaleciera mi condición de ser racional.

—Muy bien, Foyer. ¡Cuidado, te van a alcanzar!

Y el director reía. Reía como un loco al ver prácticamente al joven acorralado, agotando sus energías en una lucha desigual.

Las carcajadas resonaron por dentro del reducto metálico de la nave.

Foyer luchaba hasta el último aliento.

Esquivó de nuevo.

F-I atacaba, atacaba.

—¿Dónde está ese Ser superior a mí que te protege, Foyer? —dijo la voz del director—. ¿Por qué no te ayuda ahora?

—Tiene que existir alguien… —hablaba y seguía accionando la palanca.

—¡Pobre Foyer!

—No estoy vencido todavía.

—Sí lo estás. Entérate de una vez. Tu nave está bajo mi control. ¿Eso no lo sabías, verdad?

Foyer tuvo un leve desfallecimiento.

Si estaba bajo control del director, ¿qué podía hacer él?

Conocía los distintos medios de que disponía en la base del Klan.

Todo podía ser manejado desde el habitáculo.

F-I parecía estar más consciente de su victoria que nunca.

Le vio llegar de frente atacando de firme.

De los orificios de salida de gases surgían los invisibles chorros que se convertían en explosiones.

En la mente de Foyer resonaban sus palabras.

«¿Dónde está ese Ser superior a mí? ¿Por qué no te ayuda?»

También otra pregunta asaltaba sus pensamientos. Una pregunta que desde que había descubierto la ineficacia de la operación que le habían efectuado no logró contestarse.

¿Por qué la intervención no le había hecho mella?

¿Qué destino tenía asignado en la vida del Cosmos para seguir disponiendo de toda su capacidad?

«¿Dónde está ese Ser superior…?»

De pronto el ingenio quedó como suspendido en el aire. A total merced de F-I.

Y de nuevo sonó la carcajada de triunfo del director.

Una risa impregnada de sadismo, de refinamiento vengativo.

¡Le había suspendido la nave impidiéndole de todo movimiento!

No. No se conformaba en verle indefenso

escapando de la muerte desesperadamente, prolongando su agonía; ahora el director había decretado su fin.

Vio acercarse la nave de F-I.

Y él seguía suspendido. Inmovilizado.

Era el fin.

¿Lo era?

F-I estaba allí, prácticamente a tiro de gases. Acaso avanzando algo más el disparo le alcanzaría de lleno, su nave se convertiría en una bola de fuego.

Sí, el fin.

Su nave…

¡Su nave!

No era su nave. Era la que había utilizado cuando escapó del satélite dejando a F-I. Era el ingenio volante del propio F-I.

Sus pensamientos corrían más raudos que la nave de su rival.

Así, por tanto si aquella nave era la de F-I, no era posible que el director pudiera dominarla.

Mucho más de prisa de lo que se tarda en narrarlo, Foyer recordó lo que el propio F-I le había dicho respecto al dispositivo por él ideado para sacarlo de todo control.

No, la nave si su tripulante quería quedaba fuera de la visualidad del Klan y por lo tanto fuera de su funcionamiento pilotado a distancia.

¿Cómo no se le había ocurrido antes?

En los vaivenes de aquella contienda a muerte, en la brusquedad de su continuo maniobrar en el

espacio, sin querer había variado de posición el mando de la palanca de corrección de vuelo.

Rápidamente miró hacia abajo.

El pequeño eje que salía de la palanca principal estaba hacia abajo. Y tenía que estar hacia arriba.

¡F-I, estaba ya disparando!

CAPÍTULO XVII

La mano de Foyer cambió rápidamente la posición del eje y en el mismo instante la imagen desapareció de la pantalla, se cortó la sintonía procedente del Klan y lo más importante es que la nave descendió como si hasta entonces alguien la hubiera tenido sujeta y la hubiese soltado de repente.

La bola de fuego del disparo de F-I casi rozó la parte superior del artilugio volante.

F-I apretó los puños. Nunca como entonces había estado tan cerca de derribar a su enemigo.

Foyer volvía a tener el pleno dominio de su nave.

Describió una parábola y ascendió directa al encuentro de su antagonista.

F-I se preparó para recibirle.

Ahora disparaba, por todo el ruido de su carcasa metálica.

La nave de forma ovoide era un surtidor de gas continuo que generaba fuego.

Parecía como si F-I comenzara a temer firmemente por su suerte y luchara a la desesperada por la supervivencia.

La muralla de fuego que interponía entre él y Foyer impedía que éste pudiera acercársele por los flancos.

Foyer describió una nueva parábola para atacar desde lo alto.

Colocando el ingenio espacial hacia abajo se lanzó decidido a terminar la pelea.

Y F-I viró rápidamente para contraatacar.

Desde la superficie del *planeta* el fuego parecía envolver a los dos contendientes.

Corsa musitó:

—Parece la lucha del bien contra el mal.

Sí. Lo era porque la victoria de Foyer suponía la esperanza. Por el contrario si el que vencía era la encamación del mal personificada en F-I el destino de los supervivientes del *planeta* no podía ser más nefasto.

Y allá en el aire seguía la terrible lucha en su final.

Lo que las llamas impedían ver desde la superficie estaba tocando a sus postrimerías.

Parecía como si los dos luchadores, convencidos de que era necesario jugarlo todo, decidieran poner punto final.

El más arrojado, sería el vencedor.

F-I, temerario, se lanzó a embestir a su antagonista.

Foyer, con menos experiencia, aguantó el envite.

En el último instante y antes de producirse el choque definitivo, Foyer desvió ligeramente la trayectoria hacia un lado.

Había conseguido esquivar a F-I al tiempo que sus rociadores de gas actuaban a tope.

Ahora el fuego envolvió la nave de F-I.

La explosión fue superior a las anteriores.

Una gran llamarada en la que se envolvían los restos de la nave caía hacia la superficie.

Antes de que la bola incandescente llegara a tierra el ingenio y su tripulante habían desaparecido, convertidos en cenizas que el viento hacía desaparecer.

La lucha había terminado.

De todas las gargantas que habían presenciado aquel duelo de titanes surgió un suspiro.

Foyer regresó junto a los profesores.

Cuando salió de su ingenio volante todos le rodearon.

—Gracias por lo que ha hecho, Foyer —dijo Aknotter tendiéndole la mano—. Se ha arriesgado por todos nosotros, por los que ignorantes de cuanto sucede esperan abajo. Gracias, Foyer, nuestra gratitud será eterna.

—Sus vidas siguen en peligro. El director está al corriente de todo. Ha presenciado la lucha. En estos momentos sabe que F-I ya no existe y mandará a otros.

—Nos prepararemos. Usted puede ayudarnos. Conocerá las técnicas utilizadas en el Klan. Pediré a todos que colaboren. Será el precio de la libertad, porque sin ella sería imposible soñar con un mundo nuevo.

—No sé si habrá tiempo. Y luego existe la falta de material para fabricar defensas adecuadas.

—¿Cuánto cree que pueden tardar las naves del Klan?

—No sé cómo miden el tiempo ustedes, pero la velocidad que son capaces de desarrollar es prácticamente ilimitada.

—¿Habrá algún modo de protegernos de esos gases inflamables? Nuestra ciudad subterránea está muy profunda.

—Pero cuando el director descubra la entrada mandará a sus sicarios inhabilitados. Arrollarán la puerta y con sus frascos portagases destruirán todo si ustedes se niegan a someterse a su voluntad.

Tras un momento de reflexión, Foyer añadió:

—Creo que sólo hay un medio de impedir el ataque.

—¿Cuál? Cuenta con nuestra ayuda —dijo Aknotter.

—Atacar primero nosotros. No quería llegar a esto, pero es necesaria la destrucción del Klan. Yo me encargaré de ello.

—¿Usted solo? —preguntó Corsa.

—No puede ser de otra manera. Esta es la única nave de que disponemos.

—Es una locura, Foyer —adujo Bano—. Usted solo no podrá contra todo un ejército.

—Si pudiéramos construir más naves como ésta —adujo Kirk.

—¿Cómo y de dónde consiguen el material con que están fabricando? —quiso saber Aknotter.

—La mayor parte lo sacaron del habitáculo muerto.

—¿Dónde está eso?

—No demasiado lejos del Klan.

—Si usted pudiera conseguirnos esa clase de metal.

—Haría falta una temperatura muy elevada

para templarlo y moldearlo.

—Tenemos un generador. Mientras fabricáramos con la plancha lo utilizaríamos exclusivamente para conseguir la temperatura adecuada —prometió Aknotter.

—¿Y el gas? —inquirió otro de los profesores.

—Foyer debe conocer su composición.

—No. Es un producto del laboratorio privado del director. Ignoro qué elementos lo componen.

El más entendido en gases adujo:

—Seguramente lo obtienen con los vapores de una serie de elementos que no tenemos en nuestro *planeta.*

—¿Cómo es Klan? —inquirió Bano.

—Klan es... Bueno, no se trata de un *planeta* en realidad.

La respuesta de Foyer llenó de curiosidad a todos.

—¿No es un *planeta?* —preguntaron varias voces.

—No. Se trata de una estación artificial. El director consiguió ponerla en la órbita del Habitáculo Muerto y gira en torno a él. Tiene fuerza propia para poder desplazarse si las circunstancias obligaran a ello.

—¡Una estación artificial, convertida en habitáculo permanente! —exclamó Aknotter—. Todas las estaciones que habíamos conseguido poner en órbita tenían vida limitada y debían estar bajo nuestro control. Su capacidad era relativamente reducida.

—Klan es distinto. Podría ser un lugar ideal. Desde cualquier parte uno puede ver la inmensidad de cuanto nos rodea. —Ahora Foyer hablaba casi con nostalgia de aquel habitáculo lejano.

Sacudió la cabeza y reaccionó:

—Desgraciadamente se construyó para el mal.

Se hizo un silencio y Aknotter preguntó:

—¿Existe la posibilidad de entrar sin ser visto?

Foyer negó:

—No. Existe un control riguroso y cualquier objeto que se acerque es detectado de lejos.

—Interesaría un lugar así —murmuró Bano.

En el fondo todos deseaban conocerlo.

Tal como había dicho el director, no había científico en habitáculo alguno que no quisiera participar de nuevos descubrimientos.

No obstante, conocidas las intenciones del jefe del Klan resultaba extremadamente peligroso.

El problema seguía en pie. Aknotter cortó las divagaciones sugiriendo:

—Ahora es mejor que dejemos que Foyer disfrute de un descanso. Si no han descubierto nuestro escondrijo estaremos seguros. Luego, entre todos, pensaremos algo.

CAPÍTULO XVIII

—He perdido a F-I —dijo el director, hablando con su segundo Naffer— y Foyer sigue vivo.

—¿Quieres que salga en su busca y le extermine?

—Sí, Naffer. Llévate a los más eficaces. Pero no le extermines. Quiero averiguar qué hay en su cerebro que lo haya hecho completamente distinto a los demás.

—Antes querías destruirle.

—Sí. Porque pensé que era poca cosa y que F-I sería un fácil vencedor, pero Foyer ha demostrado poseer cualidades excepcionales. Perdí su control y luego, siguiendo las incidencias de la lucha a través del ingenio pilotado por F-I, vi el desenlace. No… Te digo que Foyer no es un ser vulgar. Por eso quiero verle aquí y ponerlo a examen. Necesito saber qué fallo existe en mi sistema. Ve con una de las naves grandes. Repito que elijas a los mejores. Llena la nave. Acorraladle. ¡No pierdas un momento, Naffer! He de demostrarme a mí mismo que mi poder es ilimitado. El habló de la posibilidad de la existencia de alguien por encima de mí y no puedo admitirlo.

Naffer salió para cumplir la orden.

No tardó en tener dispuestos a una docena de hombres.

Cada uno de ellos ocupó un sitio determinado en una nave de igual diseño de las corrientes, pero con capacidad suficiente para dar cabida al pequeño ejército.

Todos llevaban armas a base de gases, pero el propio director ordenó personalmente antes de la marcha.

—¡Aniquilad a todo aquel que quiera defender a Foyer, pero a él lo quiero vivo. No importa que le destrocéis el cuerpo, que le rompáis sus extremidades, pero dejadme el cerebro. ¿Lo habéis comprendido?

Sí. Lo habían comprendido.

—Naffer os conducirá. Nadie regresará hasta conseguir el éxito de la misión.

Naffer indicó a los hombres que iban a partir.

El director, que había subido personalmente al ingenio volante para recalar sus instrucciones, bajó de nuevo.

Las puertas se cerraron.

El encargado de la plataforma dio la señal de salida.

El propio Naffer conducía la nave, y como gentes más experimentadas llevaba a K-III y Nex.

En un abrir y cerrar de ojos, la nave se perdió en el infinito. Su mayor tamaño no era en detrimento de la velocidad.

Era como una pluma arrastrada por un vendaval.

Tomó la ruta del *planeta,* último lugar donde había sido visto Foyer, el hombre a quien era necesario llevar vivo al Klan.

* * *

El ingenio ovoide tomó tierra en una zona que, como todas las que antes habían sido pobladas,

ahora estaban convertidas en auténticas montañas.

Naffer distribuyó a sus hombres.

Todos tenían grabadas en su mente las palabras de su jefe supremo. El único a quien obedecían ciegamente.

Naffer, también como un soldado más, se dedicó a buscar.

Era una caza despiadada cuya pieza estaría a salvo mientras permaneciera en aquel mundo subterráneo, si los cazadores no encontraban antes la madriguera.

* * *

Foyer se había familiarizado con el ambiente subterráneo.

En aquellos instantes estaba con Corsa que a su vez atendía de cuando en cuando al espacio exterior desde cuya pantalla podían verse los alrededores de donde se hallaba la entrada al inmenso refugio

—Me hubiera gustado conocer el *planeta* antes de que fuera destrozado —decía Foyer.

—Era hermoso —repuso ella soñadora.

—Sí, debía serlo.

—Algunos se empeñaban en convertirlo en un infierno.

—¿Por qué?

—Había guerras.

—¿Guerras entre ustedes?

—¿Le extraña?

—Sí. ¿Por qué?

—Es difícil explicarlo, aunque el motivo de las guerras siempre es el mismo: la ambición.

—Ambición entre seres de un mismo habitáculo... Creí que F-I era una excepción... en un Klan donde impera la maldad, pero en los demás sitios... No sé, es tan extraño.

—Sí, Foyer. Hablando con usted todo parece extraño. Todo lo que sea guerra y odio.

—Sin embargo yo también luché. Con F-I.

—Pero no fue su ambición lo que le empujó a hacerlo. Fue la primera vez que vi arriesgar su vida sólo para salvar la de los demás.

—No sé. Pero de pronto supe que tenía que hacerlo. Pensé que éste podría ser mi mundo.

—¿De dónde es usted?

—De un lugar muy pequeño, de gente humilde.

—¿No había guerras?

—Sólo pobreza.

—¿Pobreza?

—E ignorancia. Me dejé tentar por el deseo de buscar algo mejor.

—¿Cómo lo hizo?

—Pasó una vez uno de esos vehículos. Un hombre hablaba y hablaba de un lugar maravilloso. Nadie le hizo caso. Todos preferían vivir en su pobreza. Yo me dejé embaucar. Sentía que algo me atraía fuera, como si fuese llamado y accedí a realizar aquel viaje hacia lo desconocido.

—¿Y fue a parar al Klan?

—Sí.

—¿Y se sometió a la operación de cerebro?

—Estaba allí. Había ido para empezar algo nuevo y acepté.

—¿No se dio cuenta de nada? ¿Quiero decir si no sospechó la clase de sitio en que había ido a parar?

—No. Todo me parecía tan distinto, ordenado y hasta lujoso. Verdaderamente allí nadie pasaba privaciones. Aquello tenía un precio: la operación… Pensé que cuando se quiere algo no se puede conseguir por nada y me sometí.

—Es extraño.

—¿Que accediera?

—No. Que no se convirtiera en uno de esos robots sin voluntad.

—También me lo parece a mí. No noté nada, porque nada me empujaba a la obediencia hacia el director. Bueno, era una autodisciplina que me había impuesto a mí mismo, pero él no me dominaba por la fuerza de su cerebro. No me transmitía las ideas.

—¿Y cómo empezó a darse cuenta?

—Poco a poco. Veía a aquellos seres sin esperanzas, sin anhelos, no eran infelices porque estaban privados de pensar, pero por eso mismo no podían alcanzar la felicidad, la dicha de las pequeñas alegrías. Descubrí que la felicidad no existía, que era algo que uno mismo debía labrarse conformándose con lo suyo, trabajando con sano anhelo como en mi lejano habitáculo.

—¿Y cuándo vio destruir el *planeta?*

—Sentí algo dentro de mí imposible de definir.

El director hablaba de ello como de una cosa natural. Y yo trababa de verlo así, pero no podía… Pensé bastante en aquello y tuve la oportunidad de comentarlo con F-I cuando todavía no sabía que era tanto o más ambicioso que el propio director. Deseaba saber qué significaban aquellas destrucciones sistemáticas, quería conocer el alcance de unas palabras que el director pronunciaba a menudo.

Tras una pausa continuó:

—«Lo que no puedas alcanzar, destrúyelo y así todos conocerán tu poder». Eso decía.

Se hizo un silencio. Ella miró distraídamente hacia la pantalla. Nada parecía perturbar el silencio exterior.

Foyer añadió:

—Ahora lo he comprendido. Destruyó todo un habitáculo para obtener los cerebros que había en él.

Luego prosiguió explicando su frustrada charla con F-I. Cómo el piloto se había descubierto a sí mismo y cómo, por fin, se libró de la influencia de todos ellos para emprender un viaje sin rumbo que le había llevado hasta el *planeta*.

La llegada de Aknotter interrumpió la charla.

El profesor asomó:

—Quiero que vea algo, Foyer y nos dé su opinión.

—Disculpe, Corsa —murmuró él.

—Voy con ustedes —repuso ella cerrando la comunicación con el exterior.

En aquellos instantes dos de los sicarios del Klan hubieran aparecido en la pantalla porque rondaban cerca, muy cerca del ingenio volante de Foyer.

¡Le habían descubierto!

Ahora sabían que no podía estar muy lejos.

CAPÍTULO XIX

—¿Qué le parece esto? —preguntó el profesor Aknotter al joven Foyer.

Lo que le estaba enseñando era una pieza metálica de forma cilíndrica. Sus dimensiones eran escasas, como las de un lápiz a medio usar poco más o menos.

—¿Qué utilidad tiene? —preguntó Foyer.

—Bano ha estado trabajando intensamente en ello durante años. En estos últimos días lo ha perfeccionado. Tiene un poder de atracción superior al que en nuestro mundo conocíamos. Basta situarlo en el carrete madre para que alcance toda su potencia.

Bano, que estaba junto a Aknotter, mostró el carrete madre que estaba situado en una vitrina.

—¿Se trata de un imán?

—Bueno, dicho así parece un juguete, pero es capaz de paralizar la marcha de un objeto volante —explicó Aknotter.

—Sería interesante comprobarlo.

—Podemos hacerlo. Con su nave.

—Bueno, ¿pero qué pretenden hacer con este invento? ¿Qué es lo que tratan de paralizar?

—Paralizar no. Atraer al Klan. Pero necesitaríamos tener alguna seguridad.

—Será difícil.

—Foyer… Lo hemos estado hablando. Todo depende del resultado de nuestras investigaciones. ¿Sabe? Pensábamos exponerle la idea.

—Hablen.

—Somos partidarios de parlamentar con el jefe de ese habitáculo. Antes de emprender una acción violenta en defensa de nuestra existencia y del futuro del nuevo mundo que hemos de construir, quisiéramos establecer un convenio pacífico, un tratado.

—No creo que el director lo acepte.

—Con probar no se pierde nada. Si no aceptara declararíamos la guerra.

—¿Contando solamente con ese pequeño artefacto?

—¿Por qué no?

—Aunque lo prueben en mi ingenio volante no tendrían la certeza de que utilizado contra la estación espacial del Klan dé resultados.

—Hemos hecho unos cálculos. Poseemos un reloj de control que marcará la fuerza. De lo que se produzca en la prueba inicial tendremos una idea de su capacidad de acción. Sólo necesitamos que usted nos describa con toda la aproximación posible la longitud y volumen de esa estación. Por sus datos sabremos las posibilidades.

—Bien. Primero veamos qué consiguen con mi pequeña nave.

—Subamos —dijo Aknotter.

Ninguno de ellos pensó en examinar la superficie y Foyer tomó la delantera mientras Aknotter, Bano y Kirk le seguían transportando las piezas con que debía realizarse la prueba.

Subieron al ascensor hasta la cota 500.

Cambiaron de vehículo para continuar a pie el

último tramo.

Cuando llegaron cerca de la puerta, Bano dijo:

—Salga y sitúe el ingenio volante sobre la plataforma. Colocaremos el tubo bajo la puerta para que sirva de pantalla protectora. Cuando esté listo comunique. Utilizaremos nuestros transmisores.

Kirk entregó un pequeño transmisor a Foyer y se guardó otro para él.

Aknotter explicó:

—Elévese verticalmente sin tomar demasiado impulso. Nosotros le indicaremos cuándo debe acelerar.

Bano concluyó:

—En ese momento abriremos la puerta y el tubo actuará. Si siente la atracción suelte los mandos sin forzar la nave. Yo le guiaré con el tubo hasta que tome tierra nuevamente.

—¿Cree que este objeto será capaz?

—Tengo fe en ello, Foyer. Todos tenemos fe —adujo Aknotter.

Y Foyer abrió la puerta que comunicaba con la superficie. Un dispositivo automático levantaba la pesada puerta para volverla a cerrar de nuevo.

Por fuera era como una inmensa tapa de metal que cubriera una vieja alcantarilla.

Ajeno al peligro, Foyer, ya en la superficie, caminó hacia la nave.

Al cruzar la zona arenosa para pisar ya las montañas de escombros fue visto por Naffer.

Todos los sicarios del Klan se habían reunido

en aquellos contornos en espera de encontrarle. Por fin sus deseos se veían cumplidos.

Foyer creyó oír un ruido.

Se volvió.

Una sombra se movió por entre los escombros.

Otra al lado opuesto.

Volvió la mirada hacia atrás y vio a Naffer.

En pocos momentos se encontró rodeado por aquellos trece seres.

Lamentó no llevar consigo el frasco de los gases.

Sólo tenía una oportunidad: intentar alcanzar el vehículo espacial.

Corrió.

Dos de los sicarios más próximos cayeron sobre él para frenar su carrera.

Foyer arremetió contra ellos utilizando los puños.

Sus dos enemigos retrocedieron alcanzados por aquellos golpes fabulosos que Foyer sabía propinar cuando la ocasión lo requería.

Pero otros dos saltaron sobre él derribándolo sobre los escombros.

Se incorporó y alcanzó al primero de ellos.

Iba a golpear al otro cuando por detrás otros dos le sujetaban tratando de inmovilizarle.

Con todas sus fuerzas forcejeó con ellos para librarse de la presa de que le hacían objeto.

Por delante se aproximaba el resto y Naffer lanzaba a otra pareja para que consolidasen su inmovilidad.

Con un tremendo esfuerzo, Foyer consiguió sacudirse los que le atenazaban los brazos.

Libre de ellos soltó el puño derecho alcanzando la mandíbula del enemigo más próximo.

Luego fue la izquierda la que dio en el plexo solar de su siguiente antagonista.

Con una rápida vuelta se puso a cubierto de los que le flanqueaban por el lado izquierdo.

Embistió a uno de ellos lanzándose en plancha. Consiguió derribarlo para incorporarse seguidamente y presentar batalla al que le caía encima como un alud.

Le pescó al vuelo con un terrible directo.

Pero siempre había alguno de refresco.

Eran trece.

Trece contra uno aunque Foyer, hasta el momento, conseguía mantenerles a raya.

Y hasta logró en una carrerilla tomarles ligera ventaja para situarse en un lugar donde mejor poder defenderse.

Surgieron dos más desde una montaña de escombros y varias piedras rodaron hacia él.

Tuvo que saltar para evitar que las improvisadas armas le alcanzaran.

—¡Vamos, vamos! Acabad de una vez —exclamó Naffer un tanto impaciente.

Uno de sus hombres se lanzó a las piernas de Foyer y consiguió que éste perdiera el equilibrio.

Cayeron los dos por el montón de escombros.

Se levantó primero Foyer que quiso deshacerse de su enemigo.

Tenía otros dos delante y otros detrás, y más flaqueándole.

Soltó los puños en una y otra dirección y todavía consiguió que el cerco se abriera ligeramente.

La voz de Naffer volvió a sonar espoleando a los sicarios.

—Vamos, inútiles. Sujetadle de una vez.

Todos a una se lanzaron contra Foyer que se debatía inútilmente.

Le cogieron por los brazos, por las piernas, inutilizando todos sus posibles movimientos.

—¡A la nave, a la nave! —ordenó Naffer.

Y mientras, bajo la plataforma metálica, Bano acababa de montar su tubo.

—Ya está.

—Avisaré a Foyer.

—Foyer. Estamos listos. ¿Me oye, Foyer?

Pero el transmisor había quedado en el suelo, junto a un montón de metales retorcidos, de pedruscos.

—¡Foyer! —insistió Aknotter.

Ni una respuesta.

—¿Habéis comprobado el transmisor? —preguntó Kirk.

—No, pero debía funcionar.

—Voy a salir.

—No, Aknotter. El tubo podría comenzar a actuar.

—Es raro que no conteste. Cúbrelo, Bano. Quiero saber dónde está Foyer.

Salió Aknotter. No había nadie. Todo en silencio. Se alejó hacia los escombros y vio a lo lejos el vehículo espacial, pero ni rastro de Foyer.

Le llamó:

—¡Eh, Foyer!

Entonces vio elevarse la nave grande con su característica velocidad.

CAPÍTULO XX

—¡De prisa, Bano! ¡De prisa! Han raptado a Foyer… Ha venido otra nave…

Bano comprendió en seguida lo que tenía que hacer.

Kirk salió por la puerta y observó la trayectoria de la nave.

—¡Por allí, Bano! Haz funcionar el tubo.

La nave, muy lejos ya, varió el rumbo y pareció aumentar su velocidad.

—¡El tubo! ¡El tubo! —gritó Aknotter.

Bano accionó el pequeño cilindro colocado ya en el lecho madre pero no obtuvo el menor resultado.

—Demasiado lejos. Demasiado…

Sí. Demasiado tarde para rescatar a Foyer.

Regresaron al subterráneo.

Poco después se hallaban los nueve reunidos. Corsa, como de costumbre, se hallaba entre ellos para anotar todo lo que se acordaba y dejar constancia en una especie de diario de la vida en la ciudad subterránea.

—Está claro que el jefe del Klan lo quiere vivo.

—Es natural. Querrá examinar su cerebro.

Corsa sintió un escalofrío.

—¿Cómo poder evitarlo?

—Solo hay un medio —repuso su padre.

—Ir nosotros —terció Bano.

—No es necesario que vayamos todos —abundó Kirk—. Con dos puede bastar.

Aknotter decidió que él sería uno de ellos.

—Usted será más necesario aquí —repuso Bano.

—Yo iré —puntualizó el belicoso Kirk—. Foyer se arriesgó por todos, no le dejaremos en la estacada.

—Está decidido. Usted y yo, Kirk —propuso Aknotter.

—Ahora sólo faltará que sepamos manejar ese artefacto.

—¿Y cómo encontrasteis ese habitáculo? —terció Corsa.

—Eso es fácil. Todos los vehículos espaciales, según nos dijo Foyer, están bajo control del Klan.

—Pero ese director o como le llamen no permitirá que…

Se interrumpió al comprender el alcance del plan que había ideado su padre.

Era lo más lógico.

—Corsa. Ese director quería utilizamos. Pues bien nos ofreceremos a cambio de Foyer.

—¡Padre! —exclamó ella.

—Bueno… Una vez admitidos, dentro del terreno veremos lo que se puede hacer. Procuraremos no ser blanco fácil, ¿eh, Kirk?

—No, profesor.

—Bien. Deseamos suerte.

Corsa les proporcionó unas cuantas provisiones para la marcha.

* * *

Para cerebros de primera categoría como los dos profesores, Aknotter y Kirk, no resultó

demasiado difícil comprender el funcionamiento de la pequeña nave.

Consiguieron elevarla y dominarla cuando la superficie del *planeta* iba alejándose a una velocidad que jamás hubiesen podido imaginar.

Kirk trató de accionar los mandos del transmisor pero en eso tuvo menos suerte porque a pesar de las insistentes llamadas, el director Torka no contestó.

Empezaron, pues, siguiendo un rumbo a ciegas, sin saber dónde se dirigían.

El plano, único indicador de la posición del Klan, estaba descrito de un modo incomprensible para los dos profesores.

Y mientras, cada momento que se les escapaba, era precioso para la vida de Foyer.

* * *

Foyer estaba ya en presencia de Torka.

Con ellos estaba también el cirujano.

—Es suyo, doctor. Voy a presenciar la operación para salir de dudas.

Dos hombres sujetaban a Foyer que se resistía a tumbarse en la mesa de operaciones.

—Es inútil que resistas —le previno Torka—. Sabes que de aquí ya no podrás escapar.

Los ojos de Foyer se dilataban por el esfuerzo, sus mandíbulas hinchadas daban fe de la tremenda resistencia que oponía.

No quería ser víctima de una nueva operación. Si de la primera había salido bien, temía que la segunda diera el éxito al cirujano y en

consecuencia le convirtiera en uno más de la estación espacial, en un ente sin voluntad, en un ser vegetativo.

A una orden de Torka otros sicarios acudieron a ayudar y al fin el joven fue inmovilizado en la mesa.

Le sujetaron las muñecas y las piernas.

Aun así se esforzaba para liberarse de los tirantes que le inmovilizaban.

—Póngale una inyección —dijo el director.

—No se inquiete, Torka. De aquí no podrá moverse. Ya se cansará.

—No pierda tiempo.

—No lo pierdo —repuso el cirujano preparando su instrumental.

Dos de los sicarios se prepararon para ayudar al médico.

Entretanto…

* * *

—¿Sigue sin dar señales? —preguntó Aknotter.

—No.

—No puede ser. Algo debe funcionar mal. En esa estación interplanetaria alguien tiene que estar al control.

—¿No será…? ¡Espere! Recuerdo que Foyer habló de algo relacionado con la nave que había pertenecido a F-I. ¿Es ésta?

—Sí, creo que sí.

—Entonces tiene un control especial. Veamos si conseguimos dar con él.

Kirk pulsó algunos botones sin consecuencias.

Al fin alcanzó uno que iluminó la pantalla que comunicaba con la sala de control.

—¡Mira! Esto debe ser.

Trató de comunicarse, pero como no había dado con el pequeño eje que aislaba la nave del puesto de mando siguió sin conseguir el contacto deseado.

—Tiene que haber algo más —gruñó Kirk.

Seguía la búsqueda desesperada, mientras por su parte Aknotter rectificaba la ruta sin dejar de observar por las pantallas.

—Todo es oscuridad. Parece que uno se halle sumergido en un pozo sin fondo. ¡Y a esa velocidad!

Al accionar la palanca de rectificación vio el eje.

—Kirk. Voy a probar esto.

Aknotter cambió de sitio el eje e inmediatamente la conexión quedó establecida.

—Atención... Atención —informó Kirk—. Hablan los profesores Aknotter y Kirk, del *planeta*...

* * *

En la estación interplanetaria o Klan, como la llamaba su jefe, todo estaba listo para la operación.

Foyer había sido inyectado y ahora, bajo el efecto de la droga, parecía dormir plácidamente.

A merced del cirujano dentro de muy poco su cerebro sería concienzudamente examinado.

Y el médico tenía ya en la mano el bisturí.

CAPÍTULO XXI

En el puesto de escucha, el encargado vio a través de la pantalla los dos rostros desconocidos.

Kirk repitió la señal:

—Los profesores Aknotter y Kirk en ruta hacia Klan… Deseamos hablar con el director Torka.

El encargado tomó nota y con paso automático pasó el informe al que estaba a su lado.

—Fíjese. Son como autómatas. Esa es la idea que yo tenía de un hombre inhabilitado —dijo Kirk.

—No contestan.

—No.

—Insista, insista. Nos hemos retrasado considerablemente.

—¿Es que no me oyen? —exclamó Kirk.

Torka estaba junto al doctor que buscaba el sitio preciso para practicar la incisión.

El sicario que llevaba el mensaje entró.

—¿Qué significa esto? ¡Nadie debe entrar aquí sin ser llamado! —estalló Torka.

El cirujano había retirado la mano ante la interrupción.

El sicario, sumiso, dio la vuelta para salir.

—¡Vamos, doctor! ¡Quiero tener ese cerebro en mis manos!

—Ordene que cierren la puerta.

Torka transmitió la orden a otro de sus sicarios.

El que llevaba el mensaje estaba cruzando ya el umbral, cuando otro llevaba un nuevo mensaje de la nave tripulada por los profesores.

Al ir a entrar Torka montó en cólera.

—¿Qué sucede? ¿Es que no podéis esperar? ¿Qué ocurre?

—Un mensaje —dijo el segundo.

—¿De dónde?

—De la nave F-I.

—¿Eeh?

—Vaya tranquilo, Torka —dijo el cirujano de nuevo dispuesto a practicar la incisión.

Torka leía el mensaje.

—Profesores Aknotter y Kirk ¡del *planeta!*

Se volvió de pronto hacia el cirujano cuando la punta del bisturí marcaba ya el punto donde debía hundirlo.

—¡Espere!

El cirujano retiró la mano.

—¡Espere! No quiero perderme la intervención y ahora es un momento importante. Dos de los profesores del *planeta* han utilizado la nave F-I para venir. Esto es muy interesante. Tenía razón al decir que no habían desaparecido. Quiero saber el motivo de tan inesperada como deseada visita.

Salió del quirófano y poco después ocupaba la pantalla para saludar a sus ilustres visitantes.

—Créame que serán bien venidos, señores. Ahora sigan mis instrucciones. Yo les indicaré exactamente la forma de llegar hasta aquí.

—Un momento. ¿Es usted Torka? —preguntó Aknotter.

—Yo soy.

—¿Está aquí Foyer?

—Está.

—Queremos verle antes de proseguir.

—Lo siento, señores. En este momento no puede ser.

—¿Qué le han hecho? —era Kirk ahora el que preguntaba.

—Ya lo verán.

—Escuche, director. Queremos hacer un trato.

—Los tratos los hago yo.

—No vendremos si no nos garantiza la vida de Foyer. En perfectas condiciones.

—Eso también lo decido yo, caballeros.

Y accionó la palanca del mando dirigido.

Aknotter y Kirk se vieron impulsados hacia la estación espacial.

Sabían que podían impedirlo cerrando la llave que facilitaban aquel control a distancia, pero por otra parte necesitaban llegar allí, saber el emplazamiento de la estación y ver, sobre el terreno, qué posibilidades tenían.

* * *

En la plataforma fueron recibidos por el propio Torka.

Muy ceremonioso les invitó:

—Llegarán a tiempo de presenciar uno de mis más característicos experimentos. Precisamente en la persona que a ustedes tanto les interesa:

Aknotter atajó:

—Sé lo que se propone, Torka y es eso precisamente lo que hemos venido a impedir.

—No sé cómo podrán hacerlo.

—Estudiaríamos sus condiciones. Usted deseaba tenernos a su servicio, ¿no?

—Lo que yo deseo lo consigo, sin tratos. Pero no discutamos. Están en mis dominios y quiero que se encuentren perfectamente.

En torno suyo por aquellos corredores semejantes a calles, con sus encrucijadas, sus plazas, algunas de ellas abovedadas mostrando el azul negro del inmenso exterior, pululaban aquellos seres que parecían carecer de vida, autómatas al servicio de un Ser que les gobernaba por encima de su propia voluntad, precisamente porque carecían de ella.

El director Torka les condujo hasta el quirófano.

—Pasen. Verán a su amigo y tal vez ustedes puedan ayudarme a descubrir algún posible fallo en el sistema. Un sistema que nunca ha fallado. Se abre el cráneo, se inutiliza una parte de cerebro y se inyecta una sustancia de mi invención y…

—¡Basta! —cortó Kirk—. No consentiremos que siga adelante.

—¿No? Empiece, doctor.

Inmediatamente, conducidos por el flujo de su intelecto, varios sicarios entraron en el quirófano. Con ello Torka quería indicar a los profesores que todo intento de agresión sería cortado.

El médico dice:

—Hemos perdido tanto tiempo que tendré que volver a inyectarle. Si despertara durante la intervención podría ser fatal.

Tomó la jeringuilla de la que extrajo la droga para prolongar el sueño.

Aknotter lanzó un suspiro.

¿Qué podían hacer?

CAPÍTULO XXII

Kirk sacó de un bolsillo el frasquito pulverizador.

—¡Cuidado, doctor! Quite sus manos del paciente. Suelte la aguja. ¡Y usted no se mueva, Torka!

—Eeh? —exclamó el dueño de la estación espacial.

Indudablemente no contaba con aquello.

—¿Creyó acaso que veníamos de vacío?

—Cuidado con esto. Si lo utilizan, ustedes tampoco podrán escapar.

—Lo sabemos, Torka.

—Ni su amigo Foyer.

—Será lamentable, pero creo que todo ser racional prefiere verse muerto que vivir sin voluntad.

—No. No se atreverán a utilizarlo —sonrió tímidamente el director Torka retrocediendo.

En la pared más próxima había un mueble que se abría accionando un resorte.

Seguramente allí guardaba un arma defensiva, pero Kirk adivinó sus intenciones y previno:

—¡He dicho quieto, Torka! No tiente a la suerte.

—¿Están dispuestos a morir?

—¿Y usted, Torka? Porque también perecerá y con ello todo su sistema.

El doctor se apresuró a aducir:

—Cuidado, Torka… Esa gente está dispuesta a todo.

Aknotter apostilló:

—*Sí,* doctor y valdrá la pena morir si con ello liberamos a los que viven bajo el terror. Nuestro *planeta* destruido clama venganza. Sin embargo, hubiéramos pactado una paz. No somos asesinos, pero Torka sí lo es. No es posible negociar con él. Ahora pues exigimos. Queremos a Foyer. Déjele libre, doctor. ..

—Esperen. Tal vez si habláramos... —contemporizó Torka.

—Demasiado tarde. Desate pronto a Foyer, doctor.

El médico obedeció. Kirk no perdía de vista ni un instante a Torka porque sabía que aprovecharía la menor oportunidad para deshacerse de ellos.

Lo que ya había hecho era concentrar a todos sus sicarios en los corredores próximos.

Le bastaba transmitir las órdenes utilizando el cerebro. Era aquella su arma más poderosa.

El médico había desatado ya a Foyer y Aknotter se hizo cargo de él.

Foyer comenzaba a recuperarse de la inyección, pero sus movimientos eran torpes. No se tenía en pie y el profesor tuvo que ayudarle.

Comenzaron a retroceder hacia la puerta.

—No escaparán —siguió vaticinando el jefe.

Aknotter se asomó un momento fuera y vio a todo aquel ejército inmóvil, esperando órdenes.

Cerró la puerta musitando a Kirk.

—Está infestado.

—Hay que salir.

—Es muy difícil.

—¡Torka! Ordene a su gente que se aleje —exclamó Kirk.

—No les harán nada —sonrió—. ¿O acaso tienen miedo de unos seres sin voluntad?

—Torka… La amenaza no ha sido en vano. Utilizaremos los gases del frasco. Usted sabe que toda la estación se convertiría en una pira.

El director guardó silencio.

Foyer comenzó a recuperarse más rápidamente. Entre brumas pareció hacerse cargo de la situación.

—Profesor… —balbució.

—¿Cómo se encuentra, Foyer?

—No sé, aturdido. ¡Oh! Estoy en el quirófano. Han intentado…

—Lo han intentado pero no lo han conseguido.

—No podremos salir.

—Sí, Foyer. Tenemos que intentarlo.

Continuaban retrocediendo y con ellos lo hacían también los sicarios de Torka.

Estaban ya en el corredor.

Más despejado, Foyer informó.

—Hay un camino más corto para dirigirse a la plataforma…

—¿Puede andar solo?

—Sí, profesor… Puedo, lo intentaré.

Ellos caminaban hacia delante mientras Kirk lo hacía de espaldas pegado a sus compañeros.

Cada paso hacia atrás era uno hacia delante de Torka.

El camino hacia la plataforma era largo.

* * *

Un descuido, un paso en falso, podía resultar fatal y los tres hombres lo sabían.

Habían avanzado un buen trecho siempre bajo la atenta mirada de los sicarios, prestos a cumplir cualquier orden que su dueño y señor les mandase.

Era un caminar lento y penoso, erizado de peligros.

Torka sonreía.

Parecía tener la certeza absoluta de que la victoria final iba a ser suya.

Estaban entrando ya en la plataforma. Allí estaba el ingenio espacial F-I.

Ahora Foyer estaba ya totalmente despejado, sus ojos se movían de un lado a otro, atento siempre a cualquier movimiento de aquella gente sin voluntad.

—Es una lástima —murmuró—. Luchan sin saber por qué. Pero nada se puede hacer por ellos.

Ya faltaba mucho menos.

—Cuando se alejen funcionarán todas las toberas de ataque. Morirán los tres. Morirán y ustedes lo saben. Foyer también. El conoce mis métodos. Ha visto las toberas. Es la instalación más potente que nadie posea.

«Animo, ánimo», pensaba Kirk. Con unos cuantos pasos más estarían a la puerta de la nave.

Continuó aquella marcha en constante estado de alerta.

Quedaban diez pasos.

Nueve.

Ocho.

Despacio.

Un resbalón podría ser fatal.

Siete pasos.

Una pausa.

Una mirada en derredor.

«Seis pasos», calculó Kirk mentalmente.

Cinco.

Otra parada.

Y allí delante el jefe seguía atento.

Los sicarios se apartaban a uno y otro lado.

Tres.

La sonrisa de Torka se acentuaba más y más.

—Se está acercando su hora. Los tres morirán.

Dos pasos. Uno tan sólo.

El siguiente puede significar la salvación, o la muerte.

—Suba, profesor —dijo Foyer a Aknotter— y usted también, Kirk. Déme el frasco.

El arma cambió de mano. Torka dio un paso hacia delante pero Foyer alzó el frasco.

—¡Cuidado!

Torka se detuvo.

Ahora venía la parte más difícil. Huir. Así que Foyer cerrara la puerta, los sicarios que ya estaban junto a las toberas del gas incendiario captarían la orden de su jefe. El vehículo espacial sólo llegaría lo suficiente lejos para que el fuego no pusiera en peligro la estación espacial.

Foyer habló lentamente:

—Aknotter... Ocúpese de la puesta en marcha. Pulse el botón azul en el momento en que yo lo diga. Y usted, Kirk, esté atento a la palanca de la puerta. Saltaré hacia dentro. Cierre. Los dos tienen que proceder de forma simultánea. ¿Lo han entendido?

—No te esfuerces, Foyer. Sabes que no iréis lejos.

—Vale la pena intentarlo.

Seguía amenazando con el gas.

—¿Preparados? —preguntó Foyer.

La misma pregunta estaba haciendo Torka a sus sicarios utilizando sólo la mente.

Y los sicarios empuñaban las palancas de las toberas del gas.

—Preparados —murmuraron los dos profesores con los nervios tensos.

—¡Ya! —exclamó Foyer.

Simultáneamente soltaba un chorro de gas. Eso era lo que no esperaba Torka porque se echó hacia atrás mientras Foyer rodaba por dentro de la nave.

Los profesores cumplieron su cometido y la nave salió disparada en el momento en que se producía la explosión.

Aquello impidió que los sicarios pudieran accionar las toberas.

La explosión había hecho temblar la estación dando tiempo a la nave a alejarse.

Torka estaba envuelto en llamas, mientras las instalaciones de la plataforma ardían por los cuatro costados.

El doctor corrió hacia la sala del control general. Allí estaba Naffer.

—¡Ayúdeme, doctor! Conseguiremos poner el Klan a salvo.

—Torka ha muerto.

—No importa. Ahora usted y yo somos los amos.

Pero en la nave F-I, Aknotter hizo una maniobra de retroceso.

—¿Qué le parece si probamos el invento de Bano? —inquirió.

Aknotter preparó seguidamente aquel tubito que colocó apuntando a la estación.

—Voy a retroceder —dijo Foyer que se había hecho cargo de los mandos.

En la estación, Naffer seguía intentando controlar la situación.

—Un poco más, Foyer —pidió el profesor.

Foyer se colocó en la línea que Aknotter deseaba.

Al manipular el cilindro, la poderosa fuerza de atracción de aquella especie de imán hizo mover la estación del Klan.

—¡Funciona! Intentaremos arrastrarla. Avance, Foyer.

Foyer lo estaba ya haciendo.

—No tiene fuerza suficiente —dijo Kirk.

No. No conseguía el artefacto arrastrar la estación, pero sí la había convulsionado y ahora se balanceaba de un lado a otro sin estabilidad.

Las toberas del gas se dispararon solas y el

fuego, con el vaivén, se producía en las propias galerías.

Las tremendas explosiones se sucedieron.

Como un *planeta* en llamas en mitad del espacio aquel lugar creado para el mal, comenzó a desintegrarse.

Poco después Foyer murmuraba:

—Ya no queda nada.

EPÍLOGO

Toda la gente había salido ya de la ciudad subterránea. Ningún peligro amenazaba a los habitantes del *planeta.* Ahora comenzaba la época del trabajo, un trabajo duro para que la faz de aquel mundo fuese recobrando su fisonomía. Era como si una nueva vida empezara.

Corsa se aproximó a la nave. Foyer estaba junto a ella.

—Entonces... ¿Es verdad que se va?

—*Sí*. Ustedes no me necesitan. Yo intentaré encontrar mi habitáculo. Puede que no lo consiga. Puede que sea mi castigo. Tal vez, encuentre alguien que necesite de mí. No sé. El espacio es infinito.

—¿No volverá?

—Tal vez, Corsa. Sí. Me gustaría. Este puede ser un *planeta* modelo, pero yo presiento que debo seguir mi camino.

—Vuelva alguna vez, Foyer.

Él sonrió.

—*Sí*, Corsa... Sí. ¿Por qué no?

Luego todos le vieron perderse en la lejanía. Su nave espacial se convirtió en un punto brillante a lo lejos.

Aknotter se aproximó a su hija.

—Es extraño, ¿verdad, papá? La operación en el cerebro no pudo con él. Y ya en tiempos muy antiguos, según he leído, era infalible.

—También pudo con ella el nefasto F-I, pero sin embargo fue para mal.

—¿A qué se deberá esto?

—A que en todos los tiempos ha habido misterios impenetrables. Siempre han existido el bien y el mal y en todas las Eras ha surgido alguna vez un Ser elegido. Un Ser de bondad. Quizá Foyer sea el de la época que nos ha tocado vivir.

Corsa agitó la mano. Pensó en que quizá volvería y le alegró aquella idea.

El, entretanto, estaba ya muy lejos. Muy lejos.

F I N